

Un orbe más ancho

40 poetas jóvenes (1971-1983)



Un orbe más ancho

40 poetas jóvenes (1971-1983)

ediciones de punto de partida



Mario Maldonado, *Un orbe más ancho*, grabado en linóleo, 2005

Un orbe más ancho

40 poetas jóvenes (1971-1983)

Teresa Avedoy	Édgar David Mena
Armando Ayala Ochoa	Daniel Mir
Paty Blake	Nadia Mondragón
Luis Jorge Boone	Luis Paniagua Hernández
Hernán Bravo Varela	Óscar de Pablo
Victor Cabrera	Ramón Peralta
Alí Calderón	Carlos Pineda
Raúl Carrillo Arciniega	Carlos Ramírez Vuelvas
Carlos Vicente Castro	Iván Salinas
Jair Cortés	J. A. Sánchez
Julieta Cortés	Álvaro Solís
Iván Cruz Osorio	Jorge Solís Arenazas
Luis Felipe Fabre	Zaidee Rose Stavely
Rodrigo Flores	Sergio Téllez-Pon
Hugo García Manríquez	Elman Trevizo
Inti García Santamaría	Eduardo Uribe
Maricela Guerrero	Édgar Valencia
Camila Krauss	Josué Vega López
José Landa	Lorena Ventura
Santiago Matías	Federico Vite

Textos de Difusión Cultural
ediciones de punto de partida



Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

México, 2005

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Gerardo Kleinburg
Director de Literatura

Selección y edición: Carmina Estrada
Asistencia editorial: Rodrigo Martínez
Diseño y formación: María Luisa Martínez Passarge
Viñeta de portada: Mario Maldonado

Primera edición, 2005

DR © 2005, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

DR © 2005, de los poemas: los autores

ISBN de la serie 970-32-2158-0
ISBN 970-32-2634-5

Hecho en México

Agradecimientos

La Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM agradece a Eduardo Langagne, Ernesto Lumbreras y Luis Vicente de Aguinaga por su valioso apoyo al difundir, entre los jóvenes poetas, la invitación a participar en este libro. Asimismo, agradece a todos los autores que compartieron con nosotros, desinteresadamente, su trabajo.

Presentación

A partir de los años sesenta del siglo pasado proliferan en México las antologías, muestras y recuentos de poesía hechos por poetas o críticos, quienes hablan del toro desde el ruedo. A diferencia de aquéllas, esta muestra está orientada desde el punto de vista de una lectora de poesía —asumo cabalmente los desvaríos que deriven de este enfoque—, y está movida por el interés de difundir la obra de nuevos escritores desde la trinchera de un proyecto de la Universidad Nacional Autónoma de México —*Punto de partida*— cuyo objetivo primordial ha sido durante décadas precisamente ése. Claro que, en este muestrario, lo de “nuevos escritores” tiene sus bemoles: ¿qué de nuevo —entendido el término como inicio de una carrera— puede tener la obra de José Landa, Luis Felipe Fabre o Hernán Bravo Varela —a quienes expresamente se les solicitó su participación en este libro—, sino el azar cronológico? La inclusión de estos poetas —y la no inclusión de otros contemporáneos como Luigi Amara, María Rivera o Luis Vicente de Aguinaga, entre muchos más— obedece a que aquéllos parten de la revista, al haber sido premiados —1993, 1995 y 1999, respectivamente— en el ya tradicional concurso de *Punto de partida*.

Amén de los ya nombrados, el libro presenta un grupo de poetas que llegó a esta redacción por diferentes caminos: el primero y más inmediato es el que conduce al trabajo de algunos ganadores del premio de poesía que convoca anualmente la Dirección de Literatura; otro, el de la colaboración de amigos directos o tangenciales que nos remitieron a un buen número de jóvenes, conocidos o alumnos. Tal es el caso de Eduardo Langagne, contacto imprescindible con los becarios de la Fundación para las Letras Mexicanas, y de los poetas Ernesto Lumbreras y Luis Vicente de Aguinaga. La tercera vía, la más desbordada, fue la de la voz que se corrió en el medio poético, la cual se tradujo en una enorme cantidad de textos que atiborraron los correos de *Punto de partida* y que, por momentos, hicieron parecer esta tarea como imposible.

La revista *Punto de partida* —y la serie del mismo nombre que cobija el volumen que presentamos ahora— ha sido siempre una publicación de y para jóvenes. Claro está, los linderos de la “juventud” varían en cada época y según la óptica de quien delimite la etapa. Decidimos, arbitrariamente aunque basándonos en otras publicaciones que se ocupan de este segmento y en el material disponible, cortar la “juventud” a los 34 años. Nuestro poeta mayor —Daniel Mir— nació en 1971; el menor, Inti García Santamaría, en 1983: doce años que se inscriben en los parámetros de lo que los críticos han denominado generación. No puedo, ni pretendo, afirmar que los poetas presentados aquí formen una generación más allá del marco temporal, ya que las definiciones consultadas coinciden en la necesidad de circunstancias aglutinantes. En lo general las hay, aparte de las fechas y la geografía: casi todos tienen una formación profesional en humanidades; todos han publicado en revistas y suplementos culturales; casi todos cuentan, por lo menos, con un libro publicado o en vías de publicarse. Pero es-

tos factores podrían emparentarlos con cualquier otra generación de escritores. En fin, los 40 poetas que aparecen en esta muestra tienen ya clara su vocación literaria, vienen de distintos lugares de la República Mexicana —una nació al otro lado del Bravo—, tienen motivos y formas de expresión disímbolos y cubren sólo un pequeño porcentaje del espectro de poetas mexicanos nacidos en los años setenta y principios de los ochenta. Un porcentaje —para mi desazón— básicamente masculino, pues fueron ellos, *los* poetas, quienes —salvo excepciones notables— respondieron a la invitación a participar en este libro (lo cual me hace pensar que habría que replantear la estrategia a la hora de convocar una nueva muestra).

La selección se basó entonces en los factores comunes mencionados y en la subjetividad inevitable, y obedece a la intención de mostrar un abanico de opciones diversas, un orbe extendido, un orbe de jóvenes poetas, digamos, reconocidos, pero que ensanche sus lindes hacia otros menos evidentes, a la vez que trascienda el universo de colaboradores habituales de la revista *Punto de partida*. Quede *Un orbe más ancho* —el título corresponde a un verso de uno de los participantes en este libro, Víctor Cabrera—, segundo volumen de las Ediciones de Punto de partida, como un primer muestrario para nada exhaustivo del quehacer poético joven en nuestro país. Corresponderá a los críticos hacer el análisis de estilos, influencias y trascendencia. *Punto de partida* se limita a mostrarlos, por el gusto de transmitir el placer de su lectura.

Carmina Estrada

Editora de *Punto de partida*

DANIEL MIR

(Ciudad de México, 1971). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha colaborado en distintos medios periodísticos. Ha sido profesor en el Instituto Politécnico Nacional, en la Escuela de Escritores de la SOGEM y en el Instituto Mexicano de Bachilleres. Es autor de los poemarios *Estrella Madre y los días urbanos* (La Tinta del Alcatraz, 1993), *Desierta Luz* (JAA, 1996), *Del crepúsculo y los decapitados* (Péndulo, 1996), *De luz las nuevas horas* (Pasto Verde, 1996), *Deslave marino* (JGH, 1997), *Partevientos* (Ediciones Alforja, 1999) e *Historia de los nombres* (La Tinta del Alcatraz-UAEM, 2000).

Los poemas del olvido

Homenaje a la memoria de José Gorostiza

I

El tiempo es indivisible,
pero el olvido en un espejo vuelve.
La gota y la sed que la inventa,
es remolino que hace historia,
surca ríos de un instante
y el ser, omnipresente, la observa
—río de Heráclito y su reflejo—.
Pasa la vida, imperturbable, y el agua nos refracta.

II

La lengua y lo que nombra es nuevo.
Los recuerdos son trapevistas ocasionales.
Dicen que la vida vino del mar,
donde ahora el pez vive y el hombre se ahoga.
La lengua del pez es virulenta,
tiene, en su saber, agolpadas las historias,
pero en la batalla de Babel,
el gran pez ha perdido cualidades oratorias.

III

Intento detener este flujo
que deja los instantes en incendios.
Los días de penumbras y cataratas
quedan reducidos a riachuelos.
Los deltas son unívocos,
la lluvia ha cesado.
Nuevos sauces crecerán sobre las hojas.
He encontrado el sendero
donde frutos recién nacidos apenas se distinguen.

IV

En una lluvia de otro tiempo, de otro sitio,
queda el sabor del hallazgo
y voces encantadas.
El agua lleva, en su tránsito lento,
un barco con deseos
—cartografía pluvial—,
muertes sin fin que se fugan.

Del café

Tras de aromas de lluvia y de tierra
sobre truenos parlotando en el día,
entre la huida de los niños
que con la tarde juegan a hacer el ocio,
se advierte el perfume del café.

La lluvia parece batirse con las voces.
Un techo guarda a dos viejos que esperan
a que escampe,
que saben de la vida lo que dejan.

Entre silencios llenos de memoria, el café.

El café entre los novios,
entre risas y miradas se ha plantado.
Del café salen palabras mudas,
fugaces de los ojos,
que quieren decir algo y todo dicen.

El café es círculo de mil razones;
círculos que quieren alcanzar pronto el cielo
en humo, casi blanco-transparente se dispersan
haciendo construcciones de secretos.
El café aroma que arrulla a los sueños
café, primo de la muerte, pasa a ras de tierra
por entierros, por bodas, por bautizos.
Café, ladrón de sueño por las noches,

alcahuete en las citas,
compañero de este andar sin rumbo fijo.
Serio siempre, ensordece esta espera;
estoy solo.

De De luz las nuevas horas

Acantilado en blues

De pronto alcanzar, desposeído, un cuerpo roto.
Para saciarlo, muerde,
para dejarlo nada;
ni un solo sucedido en espacio,
ni un coro rescatado de lo quieto
—nada puede abarcar la sombra estrecha—,
todo es todo en un centro que te abarca,
en que voy rodeando,
voy
cayendo,
en que quedo permanente, siempre al centro, encallado.

Te conozco siempre entre penumbras,
no sé si por las formas me iluminas.
Busco el lugar de cada cosa
para asir nuestros dos cuerpos,
pero nada dejo al viento, sino nada.

Te sofoco, son grandes dos deseos,
el de ayer,
el de mañana, te deshago,
en el ahora voy rehaciendo tu figura,
el regreso de un solo se divisa,
va haciendo ya la sombra nuestra forma,
el fuego se confunde entre las voces
que buscan, que aclaran un silencio
con destellos que no fueron de palabras.
No calienta más la llama, se condensa,
sobre ti, entre tu aliento, mi figura
como queriendo entretener a los recuerdos,
como queriendo aniquilar este momento.
En rojo nuestras caras van llorando,
la lágrima que es blanca
te ha mojado,
no puede detenerse nuestro canto,
en el torpe regreso de las voces
el blues se va acabando, se destila,
el Sol nos llena de cenizas,
la clara tempestad está cercana,
de arena nuestros rostros se derrumban.

ARMANDO AYALA OCHOA

(Ciudad de México, 1972). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado en las revistas *Oráculo*, *Etcétera* y *Punto de partida*. Colabora con el colectivo poético *Cardo*. Obtuvo el premio de poesía de *Punto de partida* en 2005.

PREFIERO el carbón
el diamante no se enciende

DÉBIL
anciano aparente
rémora
rememoro
la decisión fallida
anidada
en la casa de madera
que nunca construí
Y los intactos arrebatos
en la fuente de mis días
se hunden
porque en el fondo
junto a las monedas ahogadas
se encuentra
la parte más blanda de mi carne
el barco de papel
las ranas de piedra...

1

Tus zapatos envejecen
almacenados en tus orificios
Nadie te ofrece nada
y tus ojos abiertos eternamente
están llenos
de un niño corriendo
del cuerpo de una mujer suspendido
en tres puntos
del sueño que te escribió
y la realidad que te deshizo.

2

Una lágrima se coagula
en las comisuras de tus labios
la madera cruje
con los rayos
de un sol hepatítico
No estarás más
y no entiendes
que algo tuyo siga vivo
Te diluyes
en un sillón acribillado
perdido en los mapas de humedad
de las paredes

y tus libros
deteniendo la puerta

No se culpe a nadie de tu vida

3

En sus pulmones encontraron
los restos de un ahogado
el reloj de una iglesia
y una paloma
El hígado almacenaba
sal y astillas
de un barco perdido
El cerebro
dijeron
era un árbol
con un hombre colgado en sus ramas
En el corazón
una tortuga de alambre
en la garganta
un río de piedras
Nada pesaba
según dicen
y cada objeto latía
intensamente vivo
en esa maquinaria
muerta

Algunas clases de pájaros

Me digo
temprano me digo
me construyo
algunas clases de pájaros
terrenales
que platiquen conmigo

Aluvión

1

Vives ayer antes de tiempo
Tus hijos juegan
en un carrusel detenido
Vienes con un vestido apolillado
y un tigre que cruza
un aro de fuego inofensivo
¿Dónde está tu reloj de arena
y tus alas de mariposa?
Las arrastra el niño albino
que tu mano ata
a esa rama seca
que arde menos
y humea más.

2

A tu cuerpo deshabitado
las palomas de los parques
arrojan
migajas de pan

3

Ayer huyeron tus ventanas
Y tu casa deshabitada
se llenó de aire
Ayer
Que los sueños se alejaron
El sueño cubrió tu cama.

4

Se cortaron las venas
tus muñecas

RAÚL CARRILLO ARCINIEGA

(Santa Rosalía, Baja California Sur, 1972). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y es doctor en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Tennessee. Se especializa en el estudio de la poesía de vanguardia latinoamericana. Ha publicado en revistas especializadas de México, Estados Unidos y América del Sur. Actualmente es profesor de poesía contemporánea latinoamericana en el College of Charleston, Carolina del Sur.

Masturbaciones y revelaciones en polaroid

Al alba

I

Aún de madrugada
lucidez
entre el sueño y la vigilia:
de mi verga enhiesta ha brotado

una palabra.

II

Y en tanto esa palabra
escurre por tu margen
su más límpido secreto
con ella
preñaré tu coño maloliente.

Al mediodía

III

Pido una corona
para volverme rey
mientras la bebo.

Malparaíso

La ofrenda fue el silencio de la llamarada inútil de la sabiduría, de la voz de paso cuando llegó tan al fondo del sacrificio, del vivo emblema de no condecorar nada, ni los esfuerzos ni las mediaciones de lo inútil:

—Canta voz, rebasa el tiempo perpendicular y cuélate en el abismo silencioso del perdón. No hablaré de ninguna condena, mucho menos del don marino que no pertenece ni a mi imagen ni al sargazo que se pudre cuando el sol se acaba. Acaba el sol por dominar los nombres, la invisible cuesta del instante, lo que cuesta permanecer con el miembro enhiesto perfumado de loto y aguamala. La inútil soledad del instante en la que sube el agua y el amor no responde, la palabra amor no se entiende, busca el instante de la tormenta que se adhiere a la piel en forma de agua y sigue como aquel sacrificio del pez por devorar al otro, al tumefacto, al enciclopédico, reumático canto que llega como la oleada del mar de enfrente lleno de aire, ribosomas, laudes de todas las horas para cantar en el vidrio ceremonioso de quien ofrenda la muerte del padre, de aquel que lo destruye inclemente por abusar de su confianza, y resumir la cuesta roja, que cuesta malabazar los días que respiran mientras afuera habita el paraíso.

De El principio de la incertidumbre

*A María, Camila e Inés que me
mostraron dónde empezaba el miedo*

I

Escritura

Apuro mi lengua indigestada,
Babeo en el tiempo
Me adentro en mi hablar ciego y vacilante
Ejecuto un par de lengüetazos y al final
 Tiemblo
A lo lejos la escucho:
Soy yo, él único, el del oro pálido en los ojos
Que busca la rima en el silencio
Me apodero del vacío en donde no hay palabra alguna
Para luego
 cansado
Abatido por el miedo
De seguir pronunciando las palabras
Dormirme oscurecido de lenguaje
No soy ni siquiera este que he sido
No soy tampoco el que vendrá
No tengo historia, ni estoy dormido en mi cuerpo

Me ultimo, me desangro
Emasculado
Pensando que el cuerpo me duele cuando lo uso
Sólo desaparezco

Y mudo contemplo
Mi rostro al final del espejo
Que desde el fondo me anuncia,
Me dice, me sugiere,
Que invente alguna historia
Que me hable quedo
Que me diga lo que he sido intentando ser
Un ir y venir de trazos,
De normas tristes con las que ando
Sin saber a la postre cuál es mi contenido
Así, y en consecuencia, no entiendo cómo
Mi lengua no alcanza a articular ni siquiera el silencio
Ni siquiera un pequeño murmullo que diga algo de mi
 [cuerpo
Que me dirija una palabra por error
Y engañarme,
Enajenarme, llenarme de mentiras
Mientras pienso con palabras
Cómo,
Al final del día y en la noche asesina,
Antes de desaparecer,
Habré de saciarme.

RAMÓN PERALTA

(Ciudad de México, 1972). Estudió Antropología Social en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es codirector de la revista de poesía *Oráculo* y de la página electrónica *solario.com.mx*. En 2003, obtuvo el Apoyo Artes por todas partes y mención honorífica en el Premio Internacional Rey Ocho Venado; actualmente es becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Forma parte del comité organizador de "Estoy afuera" Encuentro Interamericano de Poetas Jóvenes. Poemas suyos aparecen en la *Antología de poesía alegre* (Planeta, 2003) y en *Cardo* (Redez, 2005). Ha publicado los poemarios *Diáfanos espigas* (FETA, 2004) y *Fotosíntesis* (Literal-Solario, 2005).

De *Fotosíntesis* o poema para los asistentes al centro de la imagen

*I've been looking so long
at these pictures of you
that I almost believe that they're real.
I've been living so long
with my pictures of you
that I almost believe that the pictures
are all I can feel.*

Pictures of you, The Cure

ACÉRCATE a la ventana
donde la luz
cruza libremente
guarda el principio
la velocidad de un meteoro
y dibuja tu rostro.

A 1 / 500
tu cuerpo
presenta los detalles.

El cielo es una furia
se reproduce
con un color más fuerte
y queda el sol nítido.

El sol
 el sol
todo dibuja
al tocar sus remos.

OBSERVA el después
parece una coincidencia que estemos presentes
en algo que pasó volando por un mausoleo
y se detuvo celeste
más adelante
en una rama.

A ESTO
después
le llamarán fotografía:

ese algo
que usted vio
y ahora
recuerda.

NO SUBIREMOS el diafragma
ésa es mi última voluntad
estoy seguro
seremos héroes.

Voy a decírselo una sola vez
la pared será una sombrilla
porque el sol
es un Niágara
y toca tu frente.

A ÉSTA le llamaremos
Enigma de un mediodía de otoño
gracias Negroni
arrastramos la iluminación perfecta
el gato duerme para no olvidar la casa.

El destino es el mismo para todos.

La fuente proviene de un flash electrónico con paraguas
a unos 65 centímetros arriba de mi hombro.

CARLOS PINEDA

(Tehuantepec, Oaxaca, 1972). Estudió Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma Metropolitana. Ha colaborado en revistas y suplementos culturales como *Universidad de México*, *Periódico de poesía*, *Punto de partida*, *Biblioteca de México*, *La Jornada semanal*, así como en publicaciones de los estados de Jalisco, Chiapas, Michoacán, Tabasco y Sinaloa. Fue becario de la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México en el área de poesía en 2001 y 2003. Actualmente coordina talleres literarios en la Casa Universitaria del Libro de la UNAM. Es autor de *Imago* (UAM, 1997), *Escenas en el proscenio* (UNAM, Imprenta Universitaria, 2000) y *Antología perpleja* (Punto G Editores, 2003).

Aldaba

La pequeña puerta diaria,
paréntesis del discurso que es la casa,
donde el paso se suspende y el ojo atisba el afuera, la
[nada.

La puerta con su aldabón de lengua,
que ya nadie mira —excepto los fantasmas—
por tantas veces abierta y cerrada.

Por eso a veces crujen las puertas y las cartas no llegan,
o alguien toca y es nadie, y son ellos,
que torturan a los amores que dejamos afuera.

Grave asunto éste para tan blanda madera y triste aldaba.

Mejor quitemos todas las puertas de todas las casas,
para que nadie las cierre,
nadie las abra,
y aunque nadie llegue,
nadie se vaya.

Tuxtlas

Algunos árboles son transparentes y saben hablar
Gonzalo Rojas

El abuelo lo sabe, pero uno se pregunta:
¿Qué harán los árboles bajo la niebla?

Quizás acaricien la cabellera del vecino
y le espulguen los frutos ya maduros,
los nidos mal heridos.

Habrán quienes se desvistan sin pudor alguno,
olviden su condición sedentaria,
y bailen y beban goliardamente enloquecidos,
y se escuche por doquier: “¡Vino! ¡Vino!... ¡más Vino!”

Los más ancianos han de contar antiguas leyendas:
historias de hachas y sierras,
de masacres y olvido;
de robledales y pinedas extintos.

Quizá se miren >< y se pregunten ¿?:
quién será el próximo que caiga,
y sea entonces piano, cama, muro...
alimento del hogar, o centurión de los mulos.

Algunos han de jugar a la ouija con las escolopendras,
o se lamenten por no poderse quitar aquel hongo

que les provoca morir de risa,
rápido, aprisa.

Quizá, con las piernas abiertas, soberbia,
envuelta en copal,
ha de estar la Ceiba.

Abierta:
dando a luz los cantos y los colores,
de todos los pájaros,
de todas las flores.

Quizás, en verdad, no hagan nada de esto,
y nos miren con la clemencia de un dios antiguo,
y se pregunten:
Y esas pequeñas criaturitas... ¿qué harán bajo la niebla?

Tres instantes del instinto

A Hugo Gutiérrez Vega

VI

El alma de los cristales está repleta de telarañas...
golpéalos y verás.

LI

Cuando en flor de loto medita el infinito,
todo él es un punto y seguido.

I

A tientas y por instantes,
el instinto.

Da capo

...y Dios llegó completamente ebrio al Juicio Final.
Justos y pecadores se le confundieron.

Eructó,
y, confuso,
optó por la decisión más sabia: volver a comenzar...

VÍCTOR CABRERA

(Arriaga, Chiapas, 1973). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 2001 obtuvo una mención honorífica por su libro *Episodios célebres* —que en breve publicará el Instituto Mexiquense de Cultura— en el Certamen Nacional de Narrativa "Gerardo Cornejo", organizado por el Instituto Sonorense de Cultura y el Conaculta. Ha publicado cuentos, poemas y reseñas en *Universidad de México*, *Periódico de poesía*, *Alforja*, *Etcétera* y *Punto de partida*. En 2004 publicó la *plaquette* *Diez sonetos*. Fue incluido en la antología *Los mejores poemas mexicanos. 2005* (Joaquín Mortiz-FLM, 2005).

De *El libro de la arena*

*La lucha libre: vuelo de aves nocturnas
que pueblan de misterio el firmamento.*

Pedro "El Mago" Septién

**A las puertas del templo
(preliminar)**

Aún recuerdo la primera vez:
la tarde de un domingo
de un año ya olvidado.

Mi padre me arrastraba de la mano
en medio de un río de lepra negra:
gentes de toda grey,
si bien de estofa sospechosa
(enanos, ladrones, mercenarios),
segufan nuestro camino.

Llegar hasta la arena
llevónos varias lunas
—la ciudad era otra,
otras sus lindes,
y sobra confesar
que no teníamos naves.

Menos turbio es el recuerdo del beduino
que gritaba su vendimia

por lo ancho de la calle:
el chilloso colorido de las máscaras,
los retablos de El Santo
(de plata enmascarado)
las plásticas efigies de los héroes:
el ingenioso Ulises
y El Rayo de Jalisco,
Diomedes (el hijo de Tideo)
y El Espectro.

La turba se apiñaba amenazante
a la entrada del templo
en espera del milagro de las carnes
renacidas domingo tras domingo.

Y fue entonces cuando vi a los granaderos
—en franco alejandrino formados centuriones—
avanzar y disolver la estampida a macanazos,

y recuerdo,
muy bien que lo recuerdo,
a mi padre doblado tras el golpe
—su máscara de duro
trofeo de Juan Soldado—
procurando mi mano
y el relevo.

Mi padre,
que, ya he dicho,
fustigaba mis pasos temerosos,

hubiera preferido para mí
otro deporte :

el futbol, el box o las mujeres,
pero nunca la rudeza innecesaria
del mundo aquel domingo
a las puertas de la arena.

Un lance

El umbral del dolor que abre la llave.
El candado que niega la salida.
El cuerpo en vilo que se rige por las leyes del taladro :
girar sobre el eje de su luz en tanto excava un surco en la
[mirada.

El surco
—que es la luz—,
la imagen de su vuelo suspendida en el instante
y un instante
después su consecuencia :

la plancha que fractura el fulgor en mil astillas.

Chispazos,
esquirlas de su sombra
que trazan en la lona un acertijo :

el nudo de rencor en que se trenzan
el cálculo científico,
la ira marrullera.

Y un instante después
El Fin
(que es la caída).

Tempestad

*¿Quién no desea comprar una sombrilla
si ya han anunciado la tormenta de mierda?*

Francisco Hernández

Aviso de tormenta
teje su ojo el huracán
en medio de la nada

Nubosidad
cirros estratos
cúmulos de odio :

detrás de la mirada
calcula cada cual su tonelaje
se toman uno a otro la medida

Pronostican chubascos en el centro
y un sonoro relámpago de voces

Entre las 5 y las 7 de la tarde

desata su aguacero de saliva:

)))|||• YA PÁRTANSE LA MADRE !!!(((
PINCHES PUTOS

Llueven también :

bofetadas piquetes patadas voladoras

llaves chinas candados japoneses

la quebradora el martinete la infame urracarrana

putazos putizas puñaladas

Señoras y Señores :

esposas hijas ¡culeros: UNA HERMANA!

zapatos calzones sombrerazos

y vasos

de cartón de cerveza botellazos

frutos podridos frutos prohibidos

la manzana de Adán

y la cólera de Aquiles

Diluvio de máscaras :

Si sale no olvide su paraguas

JULIETA CORTÉS

(Ciudad de México, 1973). Es egresada de la Escuela de Escritores de la SOGEM; ha trabajado como docente y editora. Formó parte de los talleres de poesía de Saúl Ibargoyen y de Juan Bañuelos. Actualmente se desempeña como coordinadora de reportajes en la mesa de redacción del programa *El cristal con que se mira*. Es autora de *Un personaje llamado Juliette* (Urdimbre, Instituto de Cultura de Yucatán, 2004).

A

Luna
sobre el lomo del caballo
sol
en la garganta del indio

1

Se reconoció en el ojo de otro, surgió el miedo.

2

Sintió hambre,
con su hambre, la muerte.

3

La bestia mató bestias,
no sabía que mataba
como no sabía del día y de la noche.

4

Tembló de oscuridad.
Más
de la estrella que brilló
como filo de flecha.

5

Agazapado el primer día amaneció
no así el segundo;
al tercero estiró los pies;
el cuarto sintió hambre, frío;
al quinto comenzó a matar.

De Pertenencias

Cinco

Esta mañana lloré ciempiés
Mis ojos
mojaron con sus múltiples patas
todo un rostro de hoja caediza

Ocho

Levántame en tus brazos
haz que gire el mundo
regálame tu número de la suerte
ayúdame a no sufrir en la palabra
en donde acabo de morir
y aún escribo

LUIS FELIPE FABRE

(Ciudad de México, 1974). En 1995 obtuvo el premio de la revista *Punto de partida* en el género de poesía y, en 2003, la mención de honor en el Premio Nacional de Ensayo José Revueltas. Ha publicado los libros de poesía *Vida quieta* (iccm-Parque Lira, 2000) y *Una temporada en el Mictlán* (Mantarraya Ediciones, 2003). Fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la modalidad de Jóvenes Creadores para el periodo 2004-2005. Seleccionó, con Tedi López Mills, el material publicado en el *Anuario de poesía mexicana 2004* (fce, 2005).

Exvoto

Exvoto: gracias a San Sebastián por los favores concedidos.
Ex libris: este poema es de San Sebastián.

Imagen de San Sebastián: un cuerpo atravesado
de dardos por amor a Cristo. Imagen de Cristo:
pez pero a la vez cordero: ¡misterio, misterio!

De San Sebastián podría decirse
lo contrario al puercoespín: alfiletero: erizo inverso:
un muchacho ambiguo como una heroinómana:

ah, las bodas contra natura entre la carne y la flecha.

J'aime Roland Barthes

para Octavio Moreno Cabrera

Una señora se detiene frente al escaparate de una
[pastelería
en una calle de París
y —voilà— es convertida en una imagen de París.

Digamos que se llama Madame Quintane: ¿está posando?

Digamos que Madame Quintane
aparece en la foto en sustitución de la Torre Eiffel.

No es un retrato de Madame Quintane (abrigo negro,
[sombbrero
de visión, invisible amor por los gatos): es
una vista panorámica:

una tarjeta postal: “Ahora estoy en París
(donde tomé esta foto). Una ciudad fascinante.
En dos días parto rumbo a Londres. Besos.”

Madame Quintane, Rue Lamarck, Pain de Luxe: ¡click!

Io

Un silencio que se alarga
y se alarga y se alarga y se alarga y se alarga y se alarga y
[se alarga
hasta quebrarse

en risas del público: Io, hija de Inaco, reducida a una
[actriz
que ha olvidado el parlamento y la actriz
a una mujer inexplicablemente coronada con una luna de
[cartón.

Más risas y menos
que una mujer: una vaca de sólo dos ubres,
es decir: menos que una vaca.

Y tan grande le queda la cornamenta que tal vez mugir
la / lo / le
salvaría vía la farsa. Pero tampoco muge.

Oh piedra encadenada a otra piedra: Prometeo,
ya va siendo hora de ponerse a improvisar.

Cartel

para Demián Flores Cortés

Tesis: el Ocelote Jiménez: 86 kg., 1.75 mts., técnico.
Antítesis: el Dr. Abismo: 89 kg., 1.78 mts., rudo.

Síntesis: dos luchadores que se anudan no son una síntesis:
es una llave: el abrazo
del oso invertido: ¡lona!

Hipótesis: después
de perder la máscara optó por perder
el resto en pulquerías y cabaretes de quinta: qué cliché:

el Ocelote Jiménez: un fotograbado anónimo
impreso en un papel de olvido: un cartel
en la barda leprosa.

La Petenera

Barco de piedra, buque de plomo: canta la Petenera:
sirena de cabaret: perdición
de los marineros

travestida de escamas finas: lentejuelas
brillando en la noche, pero ella,
ella es la noche

que la luz revela al deslumbrar: faro que enceguece.

Y desde la oscuridad llega al caracol de la oreja
la cumbia de los náufragos
que dice: Petenera,

Petenera:
entre las piernas
le cuelga un pez: ¡ay, mamá!:
entre las piernas le cuelga un camarón:
¡ay, papá!: no se apene: pa' hundirse da igual

el mar o la mar.

J. A. SÁNCHEZ

(Ciudad de México, 1974). Estudió Periodismo y Comunicación Colectiva en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM. Ha trabajado como fotógrafo y reportero para diarios capitalinos y del Estado de México. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el periodo 2003-2004. Ha publicado en revistas como *Luvina* y *Alforja*, entre otras. Fue incluido en *Más vale sollozar afilando la navaja. Antología extraoficial de poesía* (Ediciones Cuiria, 2004).

Ventanas

para Daniela Bojórquez

¿Quién las consolará
después de años y años
de ver su papel relegado
a lamentables resbaladillas
donde el cielo vierte su llanto?

Circunvalación

para Alí Calderón

Alguien
en esa esquina
ha suplantado a la sombra
y ha hecho del cuerpo
un templo desolado.

Allá

En el piélago
bajo tierra

en cenizas
te deseo así:
inocua
ya no infame.

En las puertas del tribunal

¡Abridme en nombre de la Santa Inquisición!
Me entrego
confieso:
no medí mis palabras.
¡Azotadme!
¡Azotadme!
¡Azotadme!

Recuerdos

El tiempo se detiene a mi lado
y exhumo cadáveres
para humillarme ante ellos.

Salmo 69

Tu boca
a veces lluvia
y el bosque negro
se refresca

A veces lago
que se bebe
blanco
amargo

Contadas ocasiones
río
y en él
se baña mi boca
alegre

ÁLVARO SOLÍS

(Villahermosa, Tabasco, 1974). Cursó estudios de Filosofía en la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Es coautor del libro *José Carlos Becerra: Los signos de la búsqueda* (FETA, 2003). Publicó *También soy un fantasma* (Gobierno del Estado de Tabasco, 2004), con el que obtuvo el Premio Tabasco de Poesía, José Carlos Becerra. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas (2004-2005) y actualmente es becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Ha colaborado en *Oráculo de poesía*, *Cauces*, *Tierra adentro*, *Biblioteca de México* y *Luvina*. Fue incluido en *Anuario de poesía mexicana 2004* (FCE, 2005) y en *Los mejores poemas mexicanos. 2005* (Joaquín Mortiz, FLM, 2005). Es autor de dos libros en preparación: *Solisó* (FETA) y *No soy más el mar* (Tranvías Editores, Perú).

Cantalao
[fragmentos]

¿Quién es el mar, quién soy?
Jorge Luis Borges

I

Piedra sobre piedra y en medio la arcilla
que se niega a los estruendos.
Arriba rústicos maderos soportando el tejado
y más arriba la tormenta, el cielo allá afuera,
amplitud numérica de astros.

Adentro la casa, las herramientas,
las manos duras que nunca serán utilizadas,
el vaso vaciándose hacia la lluvia que penetra por debajo
[de la tierra.

Adentro la casa que resistirá al invierno, un par de
[ventanas
cubiertas con bolsas que han persistido ya varias noches.
Adentro la casa y el tálamo,
la noche matizada por la luz de las velas.
Adentro yo, resistiendo la frialdad del invierno,
trazando calles, esquinas
y el gesto diurno de mi abuelo abriendo un portón hacia la
[infancia.

Allá el frágil cementerio junto al mar.

En medio de la arcilla está la piedra,
invisibles telarañas que he tejido en las noches de insomnio.

Afuera el viento, y aquí esta casa vacía.

II

*En el fondo del mar
el agua pesa como una tumba.*

VI

*Si anuncias la muerte, llévame a tu lado
Si anuncias la palabra, dímela en secreto*

XI

Refugia la aridez de la noche con luciérnagas
que buscan tristezas como alaridos de guitarras

El rugir de las ramas arrastra los espejos

Miro los ojos de Cantalao
(dos ventanas que iluminan la noche)
y se contorsiona el cielo frente al mar
barrotes de arena inundan la sal del cementerio
cabalgan raíces
tan solo el tiempo en busca de tierra
de caricias desde el tallo junto a la oscuridad de la noche

El vacío muere a cada paso
anida en piedras labradas
y en el lenguaje de los años debajo de la selva
Llovizna
algo nace del aire y penetra las manos de humedad
atmósferas espirales
trampa de los ciclos

Ahora llueve y abraza la soledad Cantalao

todo se inunda
luego el despertar como útero vacío
en ese mismo óleo de faros antiguos

El llanto separa de las calles
gaviotas circundan con esa cadencia
y ese danzar desnudos sobre páginas de arena inconclusa
hojas que florecen a cada trazo

Se abren los muslos de Cantalao
(dos calles que palpitan)
tañen las olas de la tarde

(gemidos que acuden al llamado)
matizan la oscuridad sobre multiplicadas sombras
susurros de luz
agonías desde el vientre
desde el lugar donde la noche nos extiende un
[tálamo

Hay que fundar antes que aúllen las rocas del ocaso
o las tumbas ramifiquen en tristeza
entierro de frases no dichas
epitafios de marea
arcilla sobre el barro de estas horas

El principio yace en la oscuridad
palamareas
(en realidad: calles, casas con chimenea, volutas de
[cigarro fugándose)
lenguaje de ramas en la orilla del tiempo
esquirlas hundiéndose en el mar
con vanos que disgregan el color del viento
claridad que dispersa la plaza
y a todo Cantalao Todo
lugar nombre

La marisma abre su embarcadero al amanecer
leves tamborzazos que sacuden la playa
emergen de un pueblo sin lugar sobre la tierra
voz (espaciosa) de los barcos
soledad de sí misma que refleja el fondo marino

escala de luces (a lo lejos)
el triste adoquinar (en realidad una calle desierta)
donde una muralla de palabras
y hogares en el fondo marino se dispersan

Habrà que zurcir los minutos airados en las rocas
hasta que nada importe
y la sal cubra las espadas del mítico guardián del viento
Basta vasta la noche nos dice adiós

Dios

Soi *Dice* la voz (en realidad un silencio penetrable)

[Cantalao

CARLOS VICENTE CASTRO

(Guadalajara, Jalisco, 1975). Es colaborador del programa radiofónico *Señales de humo*, de Radio UdeG, y de las revistas *La voz de la esfinge*, *Parque Nandino* y *Tragaluz*. Es autor de *Raíces temporales* (Paraiso perdido, 2000) y tiene dos libros pendientes de publicación: *Carcoma* (poesía, Paraiso perdido y Écrits des Forges) y *De la música al silencio* (ensayo, Filo de caballos). Aparece en la compilación *Anuario de poesía mexicana 2004* (FCE, 2005).

De Diez poemas apócrifos

EL RELOJ DE ARENA que había recibido como regalo
del flemático e impertérrito capitán, monitoreaba en la
[disminución
la racha gris en que se iba convirtiendo
la orilla cada vez más abstracta
de su isla. Llevaba a Viernes consigo y se despedía
de una soledad profunda, hasta entonces inquebrantable,
[una obra
maestra desconocida, a la que habría que prender fuego
en su memoria, tal Frenhofer en el último instante, el pintor
del mayor límite en el arte, si su deseo era
atisbar como el gaviero encumbrado en un mástil a sus
[espaldas,
un algo poco menos que verdadero
en el resto de su vida
ya sin eso que debía ser él mismo y que se perdía
en la inmensidad de una noche sin estrellas ni palabras
o demonios.

EN ESTE LADO DEL MUNDO nada se sabía
del joven poeta encanecido que
fue a morir a Puerto Trakl. Una mujer
le adivinó el destino apenas observando
su rostro: —Serás una sombra

recorriendo los instantes muertos de tu
condescendiente vida en bares de marineros
borrachos, entre historias tanto o más
trágicas que la tuya. Él había ido a morir,
según supe, pero ignoraba
que en este mar embravecido
la muerte nos esperaba pacientemente
a cada uno de nosotros.

ESA TARDE, Phileas Fogg tuvo la sensación
de detener el tiempo acariciando
distraídamente
el lomo de un gato. Le parecía que esta muestra
de estima iba bien a su estilo inglés. Podría hacer lo
[mismo
hasta el anochecer, pensó, entreteniéndole sus dedos
en una empresa no del todo trivial. Y es que
este *gentleman* de talante —dirían algunos— taciturno e
[ideas fijas
comprendía que el acto deliberado de tener paciencia
atiborraba su memoria de más aventuras
de las que un hombre que las buscara fuera capaz.

MI REINO FUE COMIDO por los buitres
un día de sol envenenado de números. Yo
huf en camisa por desiertos que parecían
infinitos, infestados
de beduinos rencorosos que me
aceptarían dándome un penoso dromedario para seguirlos
al final de su caravana.
Hemos asaltado juntos reinos mejores
de lo que fue el mío
y, por honor, no nos hemos quedado con ninguno.

ÉDGAR VALENCIA

(Torreón, Coahuila, 1975). Es maestro en Literatura Mexicana y en Filología Hispánica. Ha obtenido varios premios, entre ellos el Internacional de Poesía Joven, Diputación de Cáceres, España, 2003, por el libro *Descripción de la esfera*, y el Premio Nacional de Poesía "Enriqueta Ochoa" 2000, por *Oficios*. Fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2003-2004) y de la Fundación para las Letras Mexicanas (2004-2005).

Vista al muelle

Pasan los barcos y no queda más rastro de ellos que el
[humo y la distancia.

Mar arriba enmudece la nube
buque pretérito de proa interminable.

Aquí las montañas son olas
de arena, movimiento paralizado
como por algún miedo.

Y en el regocijo de la lluvia
el barco avanza en un asombro de espesura
que algo tiene de triste y de domingo.

Bahía nocturna

Al atardecer el puerto enciende sus bengalas
sale a la calle en un desafío
húmedo y ruidoso contra el sol
que se oculta en su derrumbe
en su pertrecho oceánico
en su habitual poniente
que celebramos con la noche y el bullicio.
Ya las barcas en su muelle
las mujeres en las puertas
y los marinos en un cielo repetido
de apagar el día, la quemadura,

la permanencia, el ámbito callado de la costa
y todos sentimos el oleaje en la bahía.
“Por hoy hemos vivido” se escucha,
“que los relojes olviden esta noche”.

La casa

La casa de Alberto Caeiro
es blanca y vestida de horóscopos y letras
como la página de un diario
quizá algún día venga una oveja
y haga un poco de espacio en su memoria.

La casa de Ricardo Reis
es, por el contrario, pequeña como un antejo
guarda en su interior algunas noticias de sus huéspedes
escribe cartas y tuvo alguna vez mapas y cartapacios.

La casa de Alvaro de Campos
se utiliza como un mensaje por la borda
en la que dentro habrá una historia tan universal como
[privada
la historia en Portugal no debe saberla nadie sino los
[portugueses.

Por el contrario, la casa de Bernardo Soares es tan grande
como una constelación dibujada en un papel,

en alguna carta astral trazada entre compases y
[almanaques.

Todas estas casas son una sola
todas esas vidas caben en un libro
todas esas vidas son una Persona.

Un poema largo

El poema largo
debe decir lo mismo
que uno corto.

Epigrama del silencio

Una voz emergiendo de tu cuerpo
como un tibio gozne que se dobla
en el rincón paulatino de tu prisa
no hay luz que se atreva y responda

a la duda incandescente de tu espalda
donde confluyen veredas y delirios
una voz cabalga a tu silueta
con una luz de sonido intraducible

como un ojo aturdido que te observa
los ojos sorprendidos de tu pecho
un olor silencioso, un grito inacabado
(surge una aurora polar por tu garganta)

una voz inicial que busca ser
y conjetura el llanto y la risa
una sombra, un murmullo, tu boca
reanudamos el emblema de la noche.

Reflexiones de Nicolás Copérnico ante las meretrices

Llega la hora nocturna y las velas se encienden,
las calles son un desierto
de sombras hacia el barrio y el bullicio.
Arriba la Luna, y dentro, una blanca delicia
de constelaciones que mis labios aguardan.
Un cuerpo envuelto en púrpura y en seda,
lleva un enjambre de oro en su cuello
como un planeta que requiere
a otros en su órbita celosa.
Fijo la vista en la cadera que desprende,
entre saliva y vino, miel de lenguas y de uvas,
los hilos que sujetan la distancia
entre la carne y lo posible.
Un cuello asoma sus marfiles
en la penumbra del dormitorio

y la noche adquiere otros motivos,
otra mirada, cierta codicia;
pues sé que no habrá más trayectoria
que mis dedos en tu cuerpo
y su tacto paralelo.

FEDERICO VITE

(Acapulco, Guerrero, 1975). Narrador y poeta. Ha recibido diversos reconocimientos, como el primer lugar en la categoría cuento del certamen "María Luisa Ocampo", 2002, convocado por el Instituto Guerrerense de Cultura y Conaculta. Ha publicado poesía en las revistas *Luvina*, *Atrás de la raya que estoy escribiendo* y *Cuiria*. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas (2003-2004 y 2004-2005). Es autor del libro de cuentos *Entonces las bestias* (Instituto de Cultura de Aguascalientes).

Espejearse

cuando Bukowski oyó por la radio
que Berlín había sido bombardeada
conducía por la avenida Wilton
Beethoven iba de fondo

descubrió su cara en el retrovisor
y tuvo la imagen de los pozos
de lo irreparable en aquella ciudad
y la noche se hizo triste
empezó a llover sobre Berlín

Extraviada

La busqué en esta ciudad
 primero los hospitales
 luego plazas y burdeles

en tanto que mamá pintaba el cuarto con jadeos
y sus mejillas con el sudor del casero divorciado

pero nadie la vio

ni siquiera por la cicatriz en su rostro

la estatura de mi hermana se congela en la foto
en esa angustia silenciada
en la apacible realidad de los carteles

Mi vecina

La hija del tendero no juega con muñecas
teje chambritas para el árbol que temblará en invierno.

Extiende su voz de pasto fresco adonde se colocan las
[mariposas,
flores que vuelan.

No juega con muñecas
porque su hijo la va comiendo por dentro.

Mi vecina morirá cuando nazca el silencio.

Pretextos

Así que bebiendo cuento tu historia
porque tu espíritu son las burbujas en el vaso
que deja el refresco al agitar el ron.

Pareces otra mujer cuando te sorbo
pero sabes que la vida es eso que sucede entre los tragos
que mis labios tocan de frente.

Y te vas al fondo
a reavivar la música de mis heridas
para que tu nombre se amotine en mi garganta
para que descubra el amor en los estragos
del silencio acunado en las botellas

CAMILA KRAUSS

(Xalapa, Veracruz, 1976). Estudió Letras Hispánicas en la Universidad Veracruzana. Ha publicado en el suplemento semanal del periódico *Unomásuno*, las revistas *Los universitarios*, *Periódico de poesía*, *Tierra adentro*, *La palabra y el hombre* y *Callaloo* (Texas). Ha sido becaria del Instituto Nacional de Bellas Artes y el Fondo para la Cultura y las Artes (1994-1995), del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Instituto Veracruzano de Cultura (1999-2000) y de la Fundación para las Letras Mexicanas (2004-2005). El Gobierno del Estado de Veracruz editó su primera publicación: *La consagración de la primavera* (2003).

Escalera de restauración

A los ojos del turista, inútil;
para el custodio, un mueble
adentro del edificio que lo aburre.

En esencia, rústica y provisional
—lo que se dice una herramienta—
irremediable eficiencia de la cosa.

Tres peldaños inconclusos perfil al muro
donde la cal hace ya siglos absorbe
ocres y grises del fresco impermanente.

La piedra soporta para nada,
los estudiosos citan:
“el cuadro cuelga en la pared como una escoba o un
[fusil...”

El pulso restaura una intención sin límite
en trazos de grisalla:
un punto continuado en una línea.

Ardilla cocotera

Ridícula entre alas transparentes,
afanosa y esbelta,
oficias de *nariz* en las palmeras.

La tarde

Los zancudos pinchan
un globo de aire caliente
para encender las flamas
del sol que se duerme.

Charcas

Croar es una interrogante
y saltar la única respuesta.
Aprende, un joven sapo
lleno de lodo para siempre.

Salamanquesa*

Como no duermes, coqueteas.
Con guiños y falsos besos
ilusionas luciérnagas y estrellas.

* *Phyllodactylus gerrhopygus*. Reptil nocturno de climas tropicales, conocido como besucona, cuija o salamanquesa.

Barruntos

I

Los zopilotes rondan el panal de agua en las nubes,
quieren guardar carroña
donde sólo cabe el aire.

II

Tormenta,
prima sonámbula de camisón tan blanco.

JOSÉ LANDA

(Acayucan, Veracruz, 1976). Es escritor, periodista y pintor. Obtuvo la primera mención honorífica en poesía del concurso de *Punto de partida* (1993) y el premio de viñeta de esta revista (1994); el Premio de Poesía José Gorostiza, de Tabasco (1994); el Premio Óscar Alberto Pérez García (1995); mención honorífica en el Concurso de Ensayo Francisco Álvarez Suárez de la UAC (1996); el Premio Estatal de Periodismo (2000); los premios nacionales de poesía de San Román y de la Universidad Autónoma de Campeche (2004). Ha sido becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes (1993 y 2002) y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2004–2005). Es autor de *Tronco abierto* (FETA, 1993), *Habitación del cuerpo* (Ediciones del Artesano, 1996), *La confusión de las avispas* (CNCA-FETA, 1997), *Álbum extraviado en aguacero* (Mantis Editores, 2005) y *Sonidos como los cascos de un galopar* (Ayuntamiento de Campeche, 2005). Aparece en el *Anuario de poesía mexicana 2004* (FCE, 2005).

De Sonidos como los cascos de un galopar

Alguien canta en la cruz de los caminos

Ruidos de la búsqueda.
Ruidos como hocicos de hienas y aletear de temores.
Ruidos oscuros.
Bajo los troncos secos,
a la orilla de casas abandonadas están,
en cada segundo del insomnio están.
Como hace breves años entran ahora en mí,
sacuden lo que aún pueda habitarme de ramaje,
lo que aún me resta de sólida construcción.

Un escalofrío hace temblar las hojas de los nacatzles,
viene a interrumpir el bullicio de pájaros festivos,
sus metales se ponen a brillar como presentimientos
y seducen el cuerpo virgen de la duda.
Es el ángel de la búsqueda,
sus feroces trompetas agrietan los muros del verano
—altas murallas de aire—
y recorren los frutos del manglar,
el laberinto de voces en el río,
el mudo grito del silencio en el corazón de las piedras.

Yo también vine
“a mirar los cerros que adoptó la lejanía”
y no alcanzo a tocar con la mirada el otro lado de sus montes,
me admito preso de batallas imposibles, advenedizo de
guerreros olvidados.

Ahora los espejos pueden dar rienda suelta a sus ficciones,
escribir las bases de una genealogía aplicable a
cualquier advenedizo de Babel,
ofrecer la fórmula perdida de los alquimistas
para conocer el águila y el sol de una moneda con sólo mirar
[de soslayo.

El hallazgo también es un espejo; un tablero
de ajedrez con recuadros infinitos,
también el ángel es susceptible de ser ánima sola,
blanco fácil ante el asedio de fantasmas futuros.
Tiemblan por eso los caminos,
los cuadernos con direcciones de familias lejanas,
los labios cuando pronuncian versos malaprendidos a la Biblia.

La noche de los temores y las búsquedas en el vientre están,
la noche de la búsqueda en todo haz de luz está.
La noche y la búsqueda pulimentan sus dientes,
ponen a cantar las cuerdas de sus gargantas,
son felices cuando alguien echa a andar los motores de
presagios y calamidades
con sólo deletrear la palabra Vida.

Preludio al treno por la tumba de Celestino L.

Desde una casa vecina al Cementerio Mayor,
miraste de soslayo una luz cenicienta colarse entre
la hierba de cualquier tumba infame,

ciertos pájaros cómplices del silencio
—del olvido que dibuja su huella, casi reflejo de cruces
[en el muro—,
cualquier animal como cualquier mitología,
la noche y su duelo infinito,
el Mal —viento sagrado— que a veces aparece a
[prolongar la vigilia,
y tu futuro reducido a escombros bajo tierra.
Entonces el insomnio, que sabe escudriñar los más
[laberínticos secretos,
llevó hasta el barandal de aquella casa,
en medio de escalofríos parecidos al tacto de serpientes
sobre la piel del miedo:
Imágenes y objetos del pasado,
leyendas de familia,
el odio alacrán rojo hacia el corazón difunto de un asesino
cuyo rostro desconoces,
y otras memorias ajenas a tu presente —pertenencias
del imperio de los años.
Muy pocos, imaginabas, eran tus muertos, demasiados tus
[vivos.
Pero aquellos fantasmas que de pronto
inundaron tus pasillos sanguíneos al contemplar, ya de frente,
ese paisaje digno del más sacrosanto olvido,
rozar tu espalda con su osamenta.
Jamás empuñaste una espada y casi te siega la luz de su
[metal,
nunca tus índices dibujaron sudores en la delgadez de los
[gatillos
y la ceniza de otros días formó esferas de pólvora,

era mentira que hayas muerto en la madrugada de otra
 [muerte
 y pese a todo, era verdad que el frío limpiaba el verdín de
 [tus escudos,
 la llovizna de abril recorría en su caída tus deseos
 de huir hacia otra noche,
 lejos del territorio donde entonces temías que fueran
 [ciertos tus temores.
 Y ante el anonimato de aquella cruz —posiblemente
 [legendaria—
 en el Cementerio Mayor de cierta calle, sentiste,
 acaso sin saberlo,
 el aliento de un hombre asesinado a principios de siglo
 en cualquier cruce de caminos benditos por el diablo,
 el aliento de aquel, cuyo apellido, verdinece las letras de
 [tu nombre.

Treno por la tumba de Celestino L.

No vuela el pájaro, el aire se posa en una rama.
 En su quietud, la tarde amarillea como espesura del más
 [viejo cedro
 y cae, tapiza el suelo del amargo silencio.
 Junto a la tumba nace un coro de ayes. Trenan
 los descendientes con ardor de vaciedumbre:
 Antaño, fumabas habaneros a la orilla de lagos donde
 el tiempo se detenía,

eras el bravucón viento-del-norte que se arremolinaba
[sobre los pueblos
y ponía a temblar las raíces de los nacastles,
hacías bajar a tierra las flores de los delfas blancuzcos,
sacudías los huesos de árboles carne-de-perro
y abrías con tu caravana de bestias los ríos más profundos
de lado a lado.

Viejo comerciante, vaquero piel de *haya*, coraje de toro
[demoníaco,
rubio pez,
aquí encendemos un relámpago en tu nombre,
gritamos de furia y dolor por tu muerte de treinta y cinco
[lunas,
nos arrancamos las sombras a pedazos, nuestras uñas
[gotean oscuridad,
padre de mil generaciones,
por tus manos de sorda lumbre,
por tu pecho de rumoroso río,
por tu andar de fiera nómada,
por tu mirada ansiosa de montañas,
por tu mordida infelicidad *morida* a solas,
por tu queja de eterno insatisfecho.
Aquí encendemos un relámpago en tu nombre,
nos aliamos para quemar los corazones de quienes
quemaron tu corazón,
para cobrar tu sangre.
Nuestra rabia es infinita. Nuestra rabia es infinita
como infinita es tu distancia.
Aquí estamos todos, encendemos un relámpago
en tu nombre, somos tu descendencia.

SANTIAGO MATÍAS

(Ciudad de México, 1976). Realizó estudios de artes plásticas en la Academia de San Carlos. Participó en los talleres de Antonio Deltoro, Guillermo Fernández y Ernesto Lumbreras. Ha publicado poesía y ensayo en revistas literarias del país. Actualmente es director de Ediciones Bonobos. Aparece en el *Anuario de poesía mexicana 2004* (FCE, 2005).

Estación

Pájaro, pajar, la amapola entre la nieve. Vendrá la luz y será tu nombre. ¿Dónde estuvo el verbo? En la rama más alta estaba el trino. Galopando hacia la orilla, nevaba. Caballos negros, cuervos el azar de los adioses: la mano en partitivo. Yo te nombro con la letra de un iceberg. Eras sin mirar la sombra. El fonema de la luz es un ave, o más bien, *semillas aventadas*. Desapareces. ¿Dónde estuvo el vuelo? Vamos. Aquí en el aire no estaba la ceniza.

Expansión del paisaje

[*c'* en apunte al dorso de la p. 14 del ms., se lee: “Los tres proverbios. / La punta del ojo. / Forma de lluvia, Forma de nube, Forma de madera / La sombra de un pájaro no se mueve, la liebre corre por el espejo, el lunar en el conejo es la vida en la nieve, el hálito.”]

(último proverbio)

a. *Ante meridiem*: BUCEO / respiración de cero a la deriva
abatido
el sol duplica
su fósil sobre la arena

*¿qué hora era?
¿viajábamos?*

No

*hoy
en cambio*

sólo pienso en luciérnagas
en títeres colgando
tras *el hoyo amarillo de una lluvia remo-*
b. *ta*

c. otro ejemplo que algunos (otros) llamaran canto: EL
PÁJARO NEGRO EN FORMA DE JARDÍN

d. Lo dicho:

el lunar en el espejo es la mina bajo la nieve
en sus márgenes
adivino un cuerpo
flotándonos veloz
por el sesgo de aquel follaje

y por supuesto
nada queda bajo este cielo

*que ni es cielo
ni es azul*

**A continuación se reproduce la idea en torno
a la cual una ventana abierta hace las veces
de un caballo que trota en el jardín**

1. Marcelo:* 7:30. *Desierta la luz / QUIJADAS. Veloz claridad entre los flancos del aire. Nieva / PALMOS: Nubes grises. Mirlos cantando en la farmacia del cerebro*
2. Cartas de vuelo: Verano báltico. *Monzón: aberturas de la palabra en la palabra nieve*
3. FILAMENTOS. Duplicidad de espejos que simulan el trote. *Gota de cielo levitando en las peceras. VENTANAS / CRIN: el dígito a contraluz de procurarnos la sombra*

* Es posible que Marcelo haya hecho sus primeros estudios pensando en que la tierra y los pájaros no son sino el olor CELESTE de un relámpago detenido en la cordillera.

JOSUÉ VEGA LÓPEZ

(Ciudad de México, 1976). Ha colaborado en diversas publicaciones periódicas del país. Coordinó la columna *Je de Gato* para el suplemento cultural *Acento* del periódico *La Voz de Michoacán* y dirige el programa radiofónico *Navegando los mares de queso*, así como el taller independiente de apreciación y creación literaria del mismo nombre. Es miembro fundador de la revista *Caín*, de la ciudad de Morelia, Michoacán, y director del proyecto editorial *CIEN pies* en Celaya, Guanajuato. Fue becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Guanajuato (1997). Es autor de la *plaque* *Hotel de paso* (Tinta-nueva, 1999) y del libro de poesía *Cuerpo en añicos* (FETA, 2000).

De El ojo dislocado

SEGÚN TENGO ENTENDIDO, la mano de Li Po era manca. Podía subir, sin dudarle un minuto, al rascacielos más alto para dibujar nubes plomizas como senos: el pezón apretado por las luces en una inundación de naranjas exprimidas por la tarde.

Lluvia ácida inaugurando la noche.

Era su palma sin dedos una paleta derritiéndose con el sudor de los elevadores que subían y bajaban por los innumerables niveles de su cerebro.

Palabras. Montones de palabras. Pilas. Habitaciones hasta el tope de verbos y comillas y admiraciones y preguntas.

Según entiendo, la mano de Li Po sufría mareos, mal de orfón, jaqueca y astigmatismo.

Hara kiri I

Basho el samurai entra a escena. Está agazapado afuera de la biblioteca pública municipal. La noche se corta los dedos en el sable con que el guerrero viola la cerradura (la luz hace un guiño). Entra. Los libros forman una espesa nata en la oscuridad. Con pasos ágiles, Basho se dirige al estante de la literatura universal. Saca el arma de la funda y comienza a partir los libros por la mitad.

De sus labios se descuelgan otros fillos diminutos: “¡demasiadas palabras, demasiadas palabras!”

En el colmo de la fiebre recita haikús de extremidades entrecortadas.

¿Para qué sirve la maleza en un paisaje árido, seco?

El arte breve. Lo absolutamente indispensable. No más. Nunca el juego del rodeo, el tropiezo.

El corazón es una síntesis, no los brazos, la nuca, el muslo apretado; la angustia del todo y sus partes.

La misión suicida se detiene: no ha quedado ningún libro.

En las letras dislocadas se lee, sin embargo, otra literatura. He aquí que en el terrorismo poético está la clave, el siguiente paso evolutivo. Las prácticas caníbales, homicidas, piratas, ladronas, son las preguntas que machacaba Basho antes del Hara Kiri que cierra el episodio:

Filo de sable:

La angustia, en mi poesía,
hondo se encaja.

De *Cuerpo en añicos*

Algunas coordenadas

sudor
neurosis crónica
flores intravenosas
el asombro y la boca llenos de saliva
los ojos como *sparrings*
recibiendo un puño

a dentelladas
historias de aire
espuma por los oídos
los grandes imbéciles de siempre
santos
demonios
la fe ciega del gusano depositada bajo tierra
paletadas de muerte sobre los cuerpos
paletadas de interrogaciones sobre la página
gorros de dormir
nenas inflables

:
algunas coordenadas para llegar hasta aquí

LUIS JORGE BOONE

(Monclova, Coahuila, 1977). Ganó el Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos 2004, en la rama de poesía, con el libro *Material de ciegos*, y el Premio Nacional de Cuento Inés Arredondo 2005, con *La noche canibal*. Fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2004–2005) y actualmente es becario de la Fundación para las Letras Mexicanas. Es autor de *Legión* (ICOCULT, 2003) y *Galería de armas rotas* (FETA, 2004).

Secuelas

the factory sounds now resonate in an uplifting

John Ashberry

Escucho estrellarse tramos de metal, puntiagudas formas
[caer de la banda sin fin al contenedor de los desechos,
[golpear la cara interior de la pared a velocidad de
[escape, tropezar después del estruendo, quedarse
[quietas.

En la fábrica los obreros hacen cortes al metal.
Los restos, lo que queda fuera, en la zona de penumbra, es
[arrojado lejos.

La noche del desierto devora la industria. Sé que permanece
[por el ruido ensordecedor, el entrechocar de residuos,
[estrépito de automóviles sin rienda, de casas
[colapsadas por el techo.

Imagino los restos de metal, mutiladas vigas transportadas
[hacia fuera de la nave —garabatos acerinos condenados,
[pira de cerdos que se despeña— y me pregunto
¿qué banda sin fin lleva lejos lo que escribo y borro, lo que
[desecho, lo que nadie leerá —los símbolos tachados, las
[palabras relegadas, incineradas al silencio—? ¿A dónde
[van a estrellarse? ¿Contra qué límite golpean y quién
[escucha su trueno moribundo? ¿Dónde apilan su
[muerte?

¿Alguien imagina su desembocadura y velocidad,

*[aceleración de tren,
inercia de piedra?*

¿Todo entre ellas merece la caída, o la noche me hace

[confundir herrumbre y metales nobles?

¿Cuánto tardaría esta habitación en llenarse si no existiera

[una salida?

La noche nos permite la invención: escuchar el ruido

[lejano de la fábrica
como ronroneo doméstico
o fragor de circo romano.

Manos

a.

tacto desprovisto de calor y frío / justamente en medio de
la escarcha y la lucerna / el médico reconoce las amapolas
de la muerte / de la entraña brotan luces y oscuros
manantiales /

b.

cuida mi padre el fuego / decanta sus filos / peina el sol /
golpea su acero / la vigilia en que truenan los bosques
antiguos / bajo el dolor de convertirse en resplandor y brasa /
vulcano era un pastor / mi padre apacienta sus ovejas /

c.

dedos como encíclicas de fechas destruidas / palmas
cruzadas por el testamento de las huellas / flechas y uñas
rotas disparadas en honor de un imperio ya olvidado / mi
infancia se tejió sobre los hilos de mi abuela / teje y no
desteje el trazo del sueño / el laberinto /

d.

respiran las manos del nadador bajo el agua / zarpas dividen
los reflejos de la alberca / horadada materia del dardo
submarino la ola emerge / son aletas las manos y sobreviven
al desierto de lo diario /

e.

aunque los espejos no puedan reflejarnos en el sueño / el
rostro de mi hija me revela mis párpados cerrados / su mano
cabe en el hueco de mi mano / esgrima de profunda
geometría / el mundo es una hoja para ella escrita en braille /
guarda en su palma el retrato más suave de mi cara /

f.

cada uno de los dedos crece por su cuenta / ninguna estrella
equipara las direcciones de sus vientos / sobre la página
levitó un puño como núcleo de grafito / la luz que la mano
arroja tardará milenios en recorrer el universo como el
brillo de cualquier constelación /

g.

al repasar los caracteres las yemas se cubren de ecos /
reconocen en los libros la clara insistencia de los otros /

separan las páginas con el gesto de los viejos amantes / los
muros traspuestos lentamente/ el rito que principia /

El vigía

*En los ojos de la gente puede verse
lo que verán, no lo que han visto.*

Alessandro Baricco, *Novecento*

Sir Henry John Morgan
—viejo lobo de mar de los que nunca se equivocan—
me ha elegido entre los de abordo
para trepar al mástil
y esperar

esperar
y gritar

Tierra a la vista
apenas aparezca,
punto invisible en el horizonte.

No importa que seas ciego de nacimiento,
ha dicho el capitán,
sólo tú, entre todos,
podrás verla el primero.

Nadie en la tripulación guarda esa imagen en sus ojos.
Ahora sube,
dirige tu mirada hacia proa,
y dinos lo que ves.

Otra vez naufragar

—*Además de embriagarnos
y merecer al día siguiente una resaca
de las malas,
con esta botella de vino barato
podríamos bautizar una embarcación
antes de botarla al mar desde el astillero.*

*Es decir,
si hubiera mar,
si aún construyeran barcos,
si nombrar fuera posible todavía.*

Fue la única noche en la taberna
que vieron llorar a Morgan.

JAIR CORTÉS

(Calpulalpan, Tlaxcala, 1977). Estudió Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Ha publicado en revistas y suplementos culturales como *Tierra adentro*, *La voz de la esfinge*, *Reverso*, *Oráculo*, *Finisterre*, *Biblioteca de México*, *Casa de las Américas* y *La Jornada semanal*. Aparece en las antologías *Árbol de variada luz* (Universidad de Colima, 2002), *Los mejores poemas mexicanos. 2005* (Joaquín Mortiz-FLM, 2005) y *Anuario de poesía 2004* (FCE, 2005). Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas (2003-2004). Es autor de los libros de poesía *A la luz de la sangre* (FETA, 1999), *Tormenta!* (Secretaría de Cultura de Puebla, 2001) y *Contramor* (Lunarena, 2003).

Fósiles

Para Omar Martínez Verde

I

Atardecemos.

El arco de la luz se disuelve lento.

¿Qué son las alas y para qué sirven?

Por la piel escurre el ámbar,

la edad que llegará cuando dejemos al frío en simple
sensación,

cuando los trópicos existan sólo para los hijos
de nuestros hijos,

cuando el dinosaurio sea la escama de la tierra
y nosotros fósiles,

cuna de petróleo;

acaso cuna de nostalgia.

II

Las alas podrían ser una extraña manera

de nombrar los pétalos de algunas flores;

el esfuerzo de la oruga

que dejó en sí misma una vida de anhelos

y de piedra.

III

Tarde se descubre la primera arruga.
Tarde, demasiado tarde,
cuando *demasiado* es un don en lo fugaz.
Tarde es en la nuca
de quien se recuesta para morir profundo
sobre el pecho de su tumba.

IV

Dicen que las alas son un instante,
una mueca gris,
tardía,
y son quizá el destino vegetal de la libélula,
los brazos de una nave antigua,
los remos de la barca perdida en el fallido cálculo
de su destino.

Yo digo que las alas
en algún tiempo fueron campanas,
volaron alto
y descendieron para morir en los oscuros pozos.

Yo digo que las alas no existen,
porque la tarde es un instrumento de la memoria para
[recordar la vida.

Un espejismo.
Una silueta en el colmo de la mente.

Dicen que las alas son quizá el último beso en la frente
[del náufrago.

Dicen de las alas,

y de nosotros,

viejos sueños,

fósiles y sin alas,
nadie,
nadie dirá nada.

De Contramor

Enfermedad de Talking

para Ricardo Yáñez

Puso incendio para el café,
quitó la tapa del cerillo
y se sacudió los perros de la cabeza.

La ventana de su librero
dejaba entrar la caja vieja de zapatos

que días antes había visto envuelta en el diciembre agrio
[y tostado del vaso.

Miró su rostro en el cajón:
sintió entonces la pintura correr por su latido,
ánimo del suelo el de su cuerpo recostado sobre la fina
[azotea comprada en Venecia.

Preguntó por ella:
respondió el toc (tic tac) toc de un pájaro que voló dentro
[de la licuadora.

—*No sé más de mí*—

contestaron las voces terribles de su gripe
que, a estas alturas de la fragancia, habían ya cocinado
[una pasta compuesta con letra de molde.

Dijo adiós,
pero un ligero, casi imperceptible bosque,
le abrazó de pronto, y ella, de sí,
volvió otra vez a lo real
y contempló la cuchara ciega
que buscaba, esta vez,
azúcar por encima de la mesa.

RODRIGO FLORES

(Ciudad de México, 1977). Estudió Comunicación en la Universidad Iberoamericana y cursa la maestría en Letras Modernas en la misma institución. Es fundador y codirector de *Oráculo. Revista de poesía*. Participó en "Poquita fe" Encuentro Internacional de Jóvenes Poetas, celebrado en Santiago de Chile en 2004 y es miembro del comité organizador de "Estoy afuera" Encuentro Iberoamericano de Poetas Jóvenes, celebrado en la Ciudad de México en octubre de 2005. Ha publicado en diversas revistas y periódicos de México y Latinoamérica. Figura en el *Anuario de poesía mexicana 2004* (FCE, 2005).

PRUEBA NÚMERO 199
(PATRÓN DE SUEÑO)

.regula el movimiento de sus
córneas. .pero entre sus
párpados se cuelan trenes
encendidos. .en ocasiones
dice tener pesadillas y
conduce su ira hacia las
madrigueras. .habla de
números acumulados en el
paladar. .presenta
resistencias para ir a la
cama. .se reconoce en el
marrón de los papeles
carbonizados en la noche.

N. de la E. Hemos respetado la tipografía original de estos poemas —courier—, dado que es un elemento de la propuesta del poeta.

PRUEBA NÚMERO 163
(DESARROLLO MOTOR)

.ha tropezado. .sus
movimientos se encuentran
dentro de los límites
normales. .oculta animales
azules en las cavidades de su
torpeza. .ha dicho que nadie
puede controlar el
desmesurado crecimiento de
sus uñas.

PRUEBA NÚMERO 13
(HISTORIA DE LA SALUD)

.sus glándulas secretan
sucias melodías. .la incisión
en el labio inferior se
produjo con los sofisticados
instrumentos de la infancia.
.el diagrama muestra
problemas digestivos.
.vértigos inaudibles.
.reacciones alérgicas a los
nutrientes con pigmentos
amarillos. .se desconoce la
causa de la acumulación de
saliva en su tejido óseo.

PRUEBA NÚMERO 37
(DINÁMICA FAMILIAR)

.su familia se define como
sonora rotación de aspas
metálicas. .la parentela
interfiere con el
funcionamiento integral del
ventilador y merma la
velocidad con que gira cada
uno de sus componentes.
.están atrofiados los
mecanismos de su linaje. .el
paciente proyecta su sombra
bajo el caudal de la
incertidumbre.

PRUEBA NÚMERO 131
(HABILIDADES PSICOLINGÜÍSTICAS)

.han sido bloqueados sus tímpanos con cera. .pero escucha la contorsión de voces en los quicios. .se colocaron cintas negras en sus ojos. .pero observa la permanencia del triángulo en los muros. .existe un importante retraso en el deletreo de canciones populares. .y sólo habla frente a la violencia del martillo.

PRUEBA NÚMERO 1
(DESARROLLO NEUROLÓGICO)

.ha pactado. .se presentó en buenas condiciones de higiene y aliño. .pactó con la estructura. .nos agradeció por extraerle los residuos cáusticos de la cabeza. .en el hueco depositamos cutículas y óxidos. .le dimos la sed. le quitamos el antes. .no resistía. .le extrajimos el lóbulo frontal. .tanta viscosidad del ego reparamos. .ha pactado y no recuerda.

MARICELA GUERRERO

(Ciudad de México, 1977). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde cursa actualmente la maestría en Letras Latinoamericanas. Ha participado en talleres de poesía, cuento y crítica, así como en diversos encuentros de literatura. Ha colaborado en la revistas *Luvina* y *Universidad de México*. En 1998 obtuvo el premio de poesía en el certamen "Después del Discurso", convocado por la Facultad de Filosofía y Letras como parte de la cátedra extraordinaria Sor Juana Inés de la Cruz. Fue incluida en la antología *Efectos secundarios* (Anaya, 2004).

Retrato a los veintidós

*De mi misma soy verdugo
y soy cárcel de mi misma.*

Me apalabré con algo más que con un hombre,
engaño colorido, digámoslo así, soy gramática:
y soy feliz.
En un abrir y cerrar de persianas
pestañas piernas redonda,
elemental;
como la más elemental de las *cocottes* de cualquier
época, singular simple
redonda como la más o menos juana de arco,
señorita de avignon redonda
aunque cubista de ángulos convergentes y divergentes
las aguas de cualquier hidrografía hagiografía.

Santa esquizofrénica, mártir confesa, abandonada nomás
para que me creciera otra virginidad más dulce
una ternura inusitada y palabras
sujetas a la noche, corriendo
detrás de las espumas y el color calor de un cuerpo
compañías gramaticales
semánticas corriendo por la
vida, sangre carne rosas;
y mientras la Gracia me excita por elevarme a
la esfera,
redonda, donde el nombre converge y es sagrado,
digamos,

gramática, las bodas con la palabra
un adulterio de aguas mansas.

Amarillo

de amarillo, la corola de la flor
y el pulmón del desahuciado;

así amor,
el cuerpo
y el orín por la mañana;

de par en par, las puertas del infierno
en amarillo;

la ambrosia,
el alma;

este sudor,
la bilis;
carne de larva

y oro

por ti, amor,
en amarillo.

Tarde dominical con fotografías

[fragmentos]

No quería tener lo que la gente llama un hogar. No quería tener el deseo de regresar a ninguna parte. Necesitaba saber que nada me esperaba en ningún lugar, que el sitio donde se suponía que debía estar era justo donde estaba en ese momento y que, cuando ya no hubiera nada que fotografiar ahí, entonces ya era tiempo de dejarlo por otro.

Josef Koudelka

e)

aprende que los pobres son pobres
y los viejos, viejos en todas las lenguas del mundo;

que cada ciudad tiene su
ciudad perdida
y su cantina —taberna—
y a los mismos viejos tomando el té
y a sus muertos
y a sus pájaros ensangrentados
y a sus mujeres con pechos rebosantes

y a sus fantasmas
y a sus ángeles con lágrimas
y a sus *dandys* y sus piedras y sus alambres
mujeres con los cabellos rizados
que el viento evita
y cielo

e)

se llora y se jala el cabello
y se tiene miedo de la misma forma en todas partes del
[mundo
no hay cielo después de esto
desaparecemos igual en todas partes
sólo que a veces puede ser más triste
sólo que a veces puede ser más pronto
sólo que a veces es más cerca

j)

a veces
un alambre de púas en la playa.

Apunte de cocina

En la cocina de mi madre
no sólo hay ajos y cebollas,
también pulula su corazón trozado,
sus consejos aterrados de tiempo;
un pedazo de cielo, flores, altares
y luces de porvenir que nunca llega.

El silencio y el grito desgarrado
su risa coloreada en rosa
y la música que escucha a solas.
Surte la despensa con el piloncillo rancio
de los días tristes
y prisas, muchas prisas
que escaldan la lengua
como el café caliente.
En un frasco de sal
guarda todo noviembre y algunos recuerdos de su padre.
Por la ventana entra ella, y con ella
la brisa de una mujer que debió haber sido navegante
y que después de un ancestral naufragio
sólo se contenta con sazonar las memorias de sus viajes.

ÉDGAR DAVID MENA

(Naucalpan, Estado de México, 1977). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha obtenido los premios universitarios José Emilio Pacheco (1997) y el de la revista *Punto de partida* (2002), ambos en el rubro de poesía; y mención honorífica en el Concurso Interuniversitario de Cuento y Poesía Casa del Lago (2001). Fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (poesía) en el periodo 2003-2004, con cuyo apoyo escribió el poemario *Cántaro*.

*JUGÁBAMOS a ser espantapájaros
que bajaban de su oficio
para llenarse la boca con hormigas*

d

*MI MADRE quemaba palmas y enterraba un
cuchillo en el jardín para que dejara de
llover, oraba por los muelles devastados;
cubría sus pájaros con la ropa sucia de los
muertos.*

*Yo miraba la tormenta, no iba a la cama
por esperarlo, dibujaba sus pasos; oía su
respiración en mi cuaderno.*

*Mi hermana dormía, soñaba niños que
arrojaban nueces a los vagabundos.*

*Esperaba en la ventana a que llegara mi
padre, mi padre que jugaba a ser conserje
en una escuela para sordos.*

d

“¿LLUEVE?”, preguntaba mi hermana desde su fiebre.

Preguntaba por las escaleras y las ventanas, se preocupaba por la colmena que vivía en la ceiba.

“¿Qué es de las luciérnagas que guardas en los bolsillos?, ¿qué de las bicicletas que llevan a los pescadores hacia el muelle?”, seguía preguntando.

Yo le prometía dibujar pájaros en su cuaderno si se aliviaba.

d

ELEVA LOS PUENTES, imagina en tu guitarra la mañana. Eleva los puentes, protege un territorio de manzanas con tu cuerpo. Depón las armas por un cielo que presagie temporales. Invita a los soldados muertos a la mesa, conversa con ellos acerca de países oscuros, ciudades terribles protegidas por enfermos.

Despide los barcos que zarpan de tu sueño, alivia rebaños con el descanso que ofrece tu cadera.

Anuncia a marineros el final de la tormenta, despierta los caballos con la promesa de una fiesta en las iglesias; descúbrete desnuda entre los barcos.

Escucha en mis labios el final de la guerra, los ejércitos regresarán a casa en una mañana anunciada por tu cuerpo. Encuentra en mi lengua un río que camina hacia el invierno y regálame una hoja de plátano de un parque, regálame un picaporte ganado en una apuesta; regálame el sabor

*que nace entre tus piernas
y cura la fiebre a los ahogados.*

De Víspera helada

DESPIERTA, dime que en tu descanso los relojes sirven para detener tormentas, que es tu piel donde la muerte del agua nos perdona; dime que está lloviendo en tu país de faros apagados.

Despierta con los barcos, semejante a las nueces en invierno.

Escribe una geografía de labios en mi cuerpo, protégeme con tu desnudez, háblame de un naufragio en tus pezones.

*Yo sólo quiero
irme
tranquilamente
a pescar
y usar mis
zapatos como
anzuelo*

DIBUJO los puentes,
hablo con enfermos
que empujan el arado de los muertos;
imagino la mañana que crece con un beso.

Escribo porque son las seis de la tarde
y espero una palabra tuya,
una palabra que me hable
con la luna de los primeros frutos;
escribo para hablar de ti con las hormigas.

Si puedes, mantente alejada de molinos;
si puedes, escíbeme una carta que hable
del desierto
o de aquellos niños que besamos
porque su madre había muerto a causa del
[invierno.

Esta noche dormiré
con el miedo que ofrece tu silencio,
con desamparo, con el frío
de los caballos que corren por tu sueño

Mañana volveré a preguntar si me has escrito,
las enfermeras saben que te extraño;
mientras tanto,
te hablo con la ruta de ciertas migraciones,
te hablo con la niebla
y con la lluvia y los rebaños
y te escribo.

IVÁN SALINAS

(Ciudad de México, 1977). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y actualmente cursa el doctorado en Literatura Comparada en la Universidad Paris III Sorbonne-Nouvelle. Pertenece al consejo editorial de *Periódico de poesía* y al Comité de Lectura de *Trans-*, revista de literatura general y comparada de París III. Ha publicado poemas y narraciones en revistas mexicanas y españolas.

A mi madre

La era de la viña

Pour S.K.

En esta tierra —me dijo ella—
las hojas nacen con el color
de la tierra como nervadura,
y en el esfuerzo insólito de su florecer
antes de llegar hasta ellas mismas

ceden
giran
y vuelven
rencorosas al germen insatisfecho
que les dio vida.

En aquella parcela Grajiewski quiso
derivar manzanas y pomelos,
también nueces y castañas,
pero su orgullo cayó antes que las
hojas y quemó su terratenencia.

En la nuestra, hubo un derrumbe,
una piedra se deslizó hasta el llanto
de generaciones marchitas.

Aquí me dijo
mi madre escondió la vergüenza,

la risa, el contento del pan,
sus largas manos llenas de perfume y el color
de un sitio prohibido.

Aquí escondió su corazón y
su esperanza, se montó en la llaga
viva de su hija y perduró
el aullido tenaz del silencio
que muerde los cuerpos
con sus lentos colmillos de odio,
de envidia, de venganza.

Aquí, me dijo con un temblor de ira
en los dientes,
vi a mi madre perecer su juventud
en este mismo altar de dagas invisibles,
en donde lloró el cuerpo y las
esperanzas de mi abuela.

Aquí me dijo aliviada, estuve a punto
yo también de depositar mis flancos
firmes, mi inteligencia ardua,
mis pechos, la humedad
de mis labios.

Pero aquí
dejé mis manos en la perenne
casa del odio,
aquí se fueron los preciosos días
en la pantalla del tiempo.

Vi al tiempo y su paso
por sobre todas las cosas
—salvo por sobre mí, pues me fui
llenando de una plasta negra de
asfixia.

Aquí soy el rencor y la
venganza.

Aquí gritaré a los ojos
de los hombres
ciegos
mi odio, mi destiempo, el nombre
del culpable
y su castigo.

Sola, desde la flor nueva de mi seno
escupiré sobre él:

entonces algún día develaremos
la piedra indócil
de la alegría.

El fuego

En una cocina, capturado,
una hilera de sus bocas mordientes,
amaestrado.

Dónde, lo miro, su magnificencia divina,
dónde su lengüeteo destructor incontenible.

Dónde, en conductor, si no,
y en algún bosque, irresponsable,
y en mis manos, blando, adormecido.

El agua

Tuberías donde ve infinito pasado
y se asfixia
y se enriquece con fluor
tal vez sales.

En los filtros que le dan pureza
se quedan los sueños,
las tormentas.

Y en una frialdad disfrazada
el pálido temblor
de nieve sin colorantes.

PATY BLAKE

(Ciudad Obregón, Sonora, 1978). Es licenciada en Comunicación y periodista cultural, y estudió el diplomado en Antropología, Arqueología e Historia de México en la Universidad Autónoma de Baja California. Es integrante del Taller Poeta No-Lugar, de Tijuana. Ha publicado poemas en *Tierra adentro* y *Hoja de poesía*, así como en revistas y fanzines de Baja California, y sus notas y reportajes aparecen principalmente en el diario *Frontera*, de Tijuana. Es autora del poemario *El árbol* (Proyecto Editorial Existir, 2002). Es becaria del Fondo Estatal para la Cultura de Baja California, en el área de letras.

Un hombre fuma su cansancio

Un hombre fuma su cansancio
bien entrada la noche
lejos de la calle, de sí mismo

una barra sostiene la cerveza
su recuerdo
el tedio
amarrado en los ojos
fuma
se arrepiente
de su almohada fría
de las arrugas en sus manos
y del silencio
denso humo

se rasca la cabeza
un trago y sonrío
con la sonrisa grande
de los que beben
la hora feliz
hasta el fondo de los vasos

fuma su cansancio
se consumen sus ganas

sus brazos

lejos

el choque de los vasos
la cita
el sombrero

algo se despega del cuerpo

para esas cenizas no hay cenicero

Trazos

una niña
con mirada de 300 años
pide que amanezca

el sol y su historia
son una página
inconclusa

:ella juega a escribirla

:::

la realidad fue ayer
dice la mujer, mientras toma su cuerpo de equipaje
y se mece en él como recién llegada
a una mansión sin puertas.
habrá mejores días y se abre de golpe una ventana

el cielo rechina en su bisagra seca
de tanto haber estado inútilmente humedecida.
los viajes son inicios y partidas
son seres alados que llegan en forma de autobús
y avanzan como una mancha oscura
en aquello que algunos llaman horizonte.
antes de salir, la mesa del té lista
último vistazo a las paredes
alzadas todavía como enredaderas de verano.
habría que podarlas, era evidente entonces, piensa,
y ahora basta soñar un lugar sin techo
y no hay diferencia entre lo que queda.
luego el sol, como siempre, y sus rayos
un cuchillo de luz por la rendija,
un trago más al té, resbala por su boca
la vida en tránsito espera el abordaje.

al parecer, no tiene prisa la viajera.
acostumbrada a los abismos,
y a los té de yerbabuena, lee las últimas noticias
en las palmas de sus manos.
mira que las líneas se entrecruzan
y quién sabe,
hay silencios tan altos como vidas.
mira que atravesar paredes es demasiado,
nadie paga tanto asomarse a una calle vacía.

dobleces finos en las manos
y el mundo se compacta en la valija.
último trago, y no hay preguntas.

hierva el té,
una vez más
y es lo que importa.

hierva el té
quién sabe dónde, quién lo enciende...

la realidad fue ayer:
no es necesario el equipaje.

Claves infalibles para el éxito

no es de buen gusto
y etiqueta
pasearse desnudo
y observarse en los espejos
de las calles
reconocerse en otros ojos
sin permiso
del propietario
habitar eternamente
las esquinas
de un cuerpo ajeno
inerte

no es de buen gusto
escribir poemas

morirse
antes de la cena
dormir más de ocho horas
el día de tu cumpleaños
atravesar varias calles
en busca de lo inexplicable

ni decirlo:
no es de buen gusto
atomillarse los lentes
a los ojos
y caminar de noche sin rumbo

HUGO GARCÍA MANRÍQUEZ

(Camargo, Chihuahua, 1978). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 2001 obtuvo el premio de poesía de *Punto de partida*, y en 2003, el premio de traducción literaria de esta misma revista. Sus poemas han sido recogidos en diversas antologías, como el *Anuario de poesía mexicana 2004* (FCE, 2005). Es autor del libro *No oscuro todavía* (Conaculta, 2005). Es fundador y coeditor de la editorial Compañía.

De Piedra de lugar

EN NUESTRA FORMA más oscura

en el gesto una palabra contra el cuerpo,
pero donada por quién,

una palabra donada contra
el cuerpo, pero de quién,

mientras, oscureces
pero hacia adentro, dices,

hacia adentro, igual, dices,
ahora que las hierbas han ganado terreno

•

Oscureces

como si tú mismo fueras tu tía
y tu tío tus primos todas tus primas tus hermanos tus abuelos

y también tu otro
abuelo tus dos hermanos

sus tíos y tu padre
tu madre sus hermanos de ella
tus primos
y sus tías de ellos sus hermanos

tus hermanos junto al viento helado junto al orégano junto
a lo que no tiene nombre

sus nombres junto a la nieve,
“veinticinco años sin caer ya”,

sus nombres junto al pinabete el madroño el encino,
junto al orégano,

tus hermanos su nieve de ellos
un paisaje, «lo espeso del bosque»,

en lo blanco del ojo,
el pecho,

la boca, el pecho. Toda la naturaleza
almacenada en lo blanco del ojo, ahí

donde te opones a la grieta,
en lo blanco del ojo. Ahí donde ves.



Cada cual saca
como puede

algo de esa oscuridad
(«a pesar de su parecer no decir nada»)

La materia
Interiorizada y ya sabes,

no sonora. La mente
muy lenta en sus términos

«Hasta la hierba y el polvo hubieran alcanzado el
[conocimiento]»

El cuerpo es
una función del lenguaje

•

Un cuerpo favorecido por un lenguaje
(una repentina acumulación de

belleza en un paisaje)

La mujer el hombre que escribe, el musgo que crece entre
[ellos,

entre sus palabras, que pueden estar
muertas incluso

O pueden ser sólo el espejo de lo que dice el padre
—el padre es el único que tiene palabras en la casa

o “el único que sabe cómo usarlas
o que tiene el valor de usarlas”—

el espejo, el valor, el padre, pero qué dices
comes mierda comes mierda. Este texto va a curarme.

●

“Y cuando habla le escucha, aunque
no habla mucho ahorita,

sólo palabras
(wa,

tea,
ma,

daddy, na
(nana,

mi
mamá),

bath, etcétera)

. ”



Dices tus amigos
pero qué dices dices padre belleza dices
dices sombra dices materia
procesos dices
forma floración pero qué dices
cubierto cubierto todo
cubierto por la descomposición
por la arena por la muerte por la nieve



Algunos dirán, después de leer, repitiendo lo que leyeron,
“perfección de la nieve”

“veinticinco años sin caer ya”

Asume que la descomposición es un fuego
que no has podido controlar

ZAIDEE ROSE STAVELY

(Mendocino, California, 1978). Es licenciada en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de California en Santa Cruz. Ha publicado poemas, notas y reportajes en revistas y periódicos como *Punto de partida*, *Revista de literatura mexicana contemporánea*, *Masiosare*, *Reforma* y *Milenio*. Actualmente cursa una maestría en periodismo en la Universidad de Columbia, Nueva York.

Siete ombligos

Hay muchas maneras de buscar el norte
una estrella
un compás
las mujeres rarámuris que
caminan junto a la estatua de un conquistador español
una línea
un mar de desierto
una canción
un recuerdo
los muertos del panteón, el río
donde me ahogué de niño
una iglesia blanca
un barquillo de cajeta
un camión
y los latidos del corazón de mi madre
y el camino
y el olvido
siete retenes en tierra mexicana
siete preguntas
siete mochilas saqueadas
siete pares de ojos que no ven
Hay muchas maneras de buscar el norte
con el sur
con el mapa
con la mano
tu mano buscando la mía
columpios al mero atardecer
una niña vuela

y atrás la señal de la Carta Blanca
 fluorescente y constante
 como el futuro
(¿o la verdad?)
allá te conocen el nombre
 allá no saben quién soy
las miradas de dos niñas que susurran
mi nombre atrás de sus manos
en la tienda donde pido un rastrillo
 el aire
 el silencio
 la oscuridad sin miedo
 el ombligo
¿aquí dejé mi ombligo?
 puede ser
 quizás

Helado

Mi madre
de veintitantos
comiendo un cono de helado con Leon
manejando la camioneta con una mano
en Blue Ridge, Appalachia
Ésta es la tierra donde
 aprendió a tocar el violín
vivió en una comuna

fue a una reunión del KKK para
 buscar al enemigo...
pero todo eso fue mucho después
Manejando con una mano en el
volante el helado en
la otra
riéndose con Leon,
de 17 años,
ve bambolearse en el espejo retrovisor
otra
placa rejilla parabrisas
oxidada
que llega cerca
choca
tratando de quitarlos de la carretera.
Miedo más que coraje
hace que mi madre siga
manejando
se salve a ella misma y a Leon
que es un joven negro sentado en
el asiento delantero de una
camioneta manejada por una
pelirroja blanca que viene de
California
 y no conoce
las reglas.

Catapulta que te mando

[fragmentos]

II. Soñamos con catapultas nosotros,
máquinas extraordinarias
hechas de manos y letras,
sabores de pasión, túneles subterráneos,
viajes subversivos,
construimos juntos puentes
y alas
para volar sobre todo eso que se nos impone
riendo de nuestros
esfuerzos, nuestra esperanza
inútil
la caída de un sueño.

III. La frontera

Un muro una
pared una cerca un
puente cruzando el río de
cemento, un
puente que sólo cruzas para
dejarme allí, la última vez que te besé,
de este lado,
antes de que te dieras la
vuelta para regresar por ese
largo camino de
alambre y banqueta surreal,

regresar (¿adónde?)
un muro
yo grito pero no
cae, no responde a
mis trompetas, no soy ningún
Josué ni mucho menos sólo
soy una voz,
que ni siquiera alzo a veces
y nadie me oye cuando
lanzo mi llanto al aire, y
choca con el
muro me regresa
un eco
nomás.

TERESA AVEDOY

(Guamúchil, Sinaloa, 1979). Estudió Arquitectura en el Instituto Tecnológico de Tijuana. Ha sido becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Baja California (2003), de la Fundación para las Letras Mexicanas (2004-2005) y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2005-2006). Ha publicado los libros *Piedra, papel o poema* (Editorial Existir-Instituto Municipal de Arte y Cultura, 2003) y *Tres tristes tigras* (Conaculta-CECUT, 2005).

Basuraleza

a poncho

Fieles a las ramas de los árboles
acurrucados
pájaros-calimaxus cantan si amanece
si atardece.
Móviles al son del viento.

Traviesas ratas
—huérfanas del *six*—
deambulan insolentes por la calle.

Una que otra caja se olfatea a sí misma
se escarba, se hurga, se muerde la cola.

Bolsas, botes y cartones
son la nueva fauna.

Del poeta

En mi examen de conciencia
encontraron borrones intelectuales
narcisismo semántico
acordeones filosóficos
tachaduras sentimentales

y penosas faltas
de biografía y rima.

Para Laura

Los poetas viciosos y los poetas viciados
se escriben unos a otros
se publican.

Sonríen desde sus páginas respectivas
Se incendian, se reseñan
se critican.

Oh léeme, léeme
El poema en puntas
desde el renglón

solito.

Especulación textual

Le ponen agua potable
electricidad drenaje

lo pavimentan

lo acercan a grandes buleditoriales

Y el poema —automáticamente—
sube de precio.

x x x x x x x x x

Sin rejas ni alambradas nos desbordaríamos tanto;
el encierro saldría al cine aumentaría la basura
[de las plazas

tal vez tomara un curso de papel hecho a mano
cocina para diabéticos equis idioma
ahí conocería otro encierro

otro vacío insumiso creyente de que los tiempos cambian
[(varían)

Al principio se mirarían de reojo
después empezarían a hablar muy mal de las púas, de los
[herrajes

de metales conspiradores (que ni les harían caso)
al final el encierro querría otro encierro
y acabarían, quién sabe, reproduciéndose.

Zinc

I

Exploró su lengua: concavidad adiestrada al ir y venir de
[la carne
a las angustias fugitivas de la sal y lo amargo.
La cuchara.

II

Rasgada
mojada
restregada
sucia.

La esponja mira al lavaplatos
cómplice.

III

El plato es sus bordes
la medida del infinito que sueña contener
y se le escapa.

HERNÁN BRAVO VARELA

(Ciudad de México, 1979). En 1999 obtuvo el premio de poesía de la revista *Punto de partida* y el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino por su libro *Oficios de ciega pertenencia* (FETA, 1999; 2ª ed., 2004). Ha publicado además el poemario *Comunión* (Ediciones del Ermitaño, 2002) y, junto con Ernesto Lumbreras, el libro *El manantial latente. Poesía mexicana desde el ahora: 1986-2002* (Conaculta, 2002). Tradujo *La balada de la cárcel de Reading*, de Oscar Wilde (Acrono, 2000) y colaboró en la obra colectiva *Xavier Villaurrutia: ...y mi voz que madura* (FETA, 2004). Con Marco Antonio Campos compiló la poesía del quebequense Gaston Miron en *El hombre redivivo* (UNAM, 2001). Fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en el área de poesía (2004-2005) y actualmente es becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de ensayo. Poemas suyos aparecen en el *Anuario de poesía mexicana 2004* (FCE, 2005) y en *Los mejores poemas mexicanos. 2005* (Joaquín Mortiz-FLM, 2005).

Apócrifo

¿La luz tiene campiñas?
Todo tiene destellos
en la fosa:
el cuerpo boca arriba,
fuegos fatuos, luciérnagas,
senderos.
Es un respiro (el último)
entre líneas,
el de la intacta
que en su lecho
no reza porque sí.
En la sábana a oscuras,
cada mina
vuelve a habitar
derrumbes al momento,
la extracción de la piedra
mientras brillan
los brillos del cristal
del sueño.
Y ella, la abuela,
va en un tren con niñas.
Ana o María
en el recuerdo.
Hacia el fondo del túnel
se encamina.
No tiene más
que un verbo para mí.
Antes tenía

los cabellos blancos,
al ras de lo que ella
creía que era el suelo.
Sierra nevada,
asunción del día.
Va contando los huecos,
toda vestida ya
para salir
con la franela blanca
que me parece, en serio,
confesionario
de aparentes chispas.
Viene, regresa, va
por las orillas
de la sabana
(olvidó los acentos).
Es Ana y el maná
de la saliva
de Dios que pasó prueba
en el desierto;
María sin Egipto,
alegría
de Ávila que asciende
por el huerto,
por el hurto,
por arrebató entero.
O sale por el púlpito
de luz,
como diciendo misa.

Reconcomio

L. I. H. (1962-2003)

Algo nos morirá,
lo mismo que nos trujo
hacia el instante albino
de la risa,
tocándonos ahora
la música
diezmada en levedad
sin empinar la coda,
avara y fin
de lo a saberse, Julio.
La fruta seguirá
pudriéndose —pensárase
que la natura muerta
es un oficio.
Nos desenterrará,
lo mismo que nos pudo
tirar paredes
y esconder el clavo,
miopía que no hay
sin los anteojos sucios
de hollar lo que se halla
al percibir
la maravilla en bruto.
La costra seguirá
cayéndose —creyérase
que toda nuestra vida
nunca ha sido.

De Oficios de ciega pertenencia

Visitación

A Antonio Valle

Una plaza gastada —esto recuerdo—,
la piedra en el descenso de otras piedras,
reposo que no hay más que en su nombre
amaneciendo enseguida en la trampa
de las calles que no han de caminarsé:
el refugio del viudo en su alegría.
Doblar la esquina es levantar el tiempo,
darse la vuelta y olvidar la rama,
hallar la línea, averiguar adentro
y notar que prosigue todo punto,
aunque un rumor estalle y se suscite
mi secreto tan propio que me muerde,
que atisba una esperanza en balbucesos.
Oigo la rama al fin cuando me acuerdo
del tren que se ha quedado entre las vías
para habitar por siempre un paradero
más allá de la noche y el silbato,
del niño que jugaba entre sus rieles
y que volvió su grito en mancha oscura.
Estoy frente a la vía del tren. Juzgo
tener la mano para señalar
aquella contemplación con mi padre
de toda la quemada bugambilia
por el cigarro que no arde, solaz

de insectos que persiguen madrugadas.
¡A volverme a cruzar inadvertido!,
tirando del portón, huyendo aprisa.

(Octavio Paz ve nacer el nombre)

En el agua, la piedra y el salmón se reconocen, envuelven el nombre con arena que los labios han buscado con tímidas señales, murmullos.

El nombre es una espina que raya la blancura, y tiende a asumirse como cielo prevenido de tormentas.

Nublada la noche, los labios se colocan entre nidos y hojas, arrojan al suelo el agua recogida. Abriéndose sin pausa, pueblan con sogas la hora del alba por venir.

El diluvio y el relámpago descienden, oficios de ciega pertenencia; restañan y unen las páginas del mundo.

Entre sus comisuras, entre las ramas que definen el total del bosque, el nombre ha nacido. Templo en el silencio original, otoño en la voz jamás caída.

En el reino del nombre amanece, se celebra la división de las aguas y la tierra. Mientras Dios descansa sobre el último árbol de pie, los labios sostienen una rama de olivo, una oración.

Una paloma descansa en el hombro del aire.

ÓSCAR DE PABLO

(Ciudad de México, 1979). Estudió la carrera de Ciencia Política en la UNAM. En 2000 participó en el taller de poesía "Cardo" coordinado por Raquel Olvera. Ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de poesía (2003-2004 y 2004-2005). Ganó el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino, por *Los endemoniados* (FETA, 2004). Es también autor del poemario *La otra mitad del mundo* (Tábano, 2000). Poemas suyos aparecen en las antologías *Poesía joven de México: treinta años de un premio* (FETA, 2004), *Más vale sollozar afilando la navaja. Antología extraoficial de poesía* (Cuiria Ediciones, 2004) y *Los mejores poemas mexicanos. 2005* (Joaquín Mortiz-FLM, 2005). Colaboró en el libro de ensayos sobre Gilberto Owen *Con una voz distinta en cada puerto* (FETA, 2004).

Sonata para manos sucias
[fragmentos]

*a Erwin Wolf, in memoriam;
a los que siguen su lucha*

Preludio

¿Cómo será el calor en Cataluña a principios de mayo,
pesará más el aire
o será igual que por ejemplo ahora
en la Ciudad de México en septiembre?
¿Cuánto duran las noches, huele el mar en las plazas,
[cómo es la luz, qué tan alto es el cielo?
¿Cómo voy a cantar desde tan lejos su sonoro lenguaje,
yo que apenas ayer
inventaba la voz en mi garganta?
¿Podré cantar en un solo poema de métrica constante
al bravo miliciano
que no entiende de dónde viene el fuego?
¿Podré explicar sin deshacerme en gritos
ni parecer grotesco
el trágico escenario de los traidores fieles y abnegados, de
[las cárceles secas,
de esa guerra que nos arrebataron?
¿Cantaré de las balas que vinieron del lado equivocado,
de ésa la Telefónica tomada, de los obreros muertos, en
[fin, de los sucesos del año 37 en Barcelona?

Sardana

Antes de que sus dedos
toquen el pan dormido en la cocina,
Dolors mete las manos en el chorro y las mira frotarse
hasta ponerse heladas
y duras como el agua en que se frotan.
Y sin embargo siguen siempre sucias: tiene manos de pobre,
tiene manos enormes, dedos fuertes y sucios desde siempre.
Y la hogaza también es grande y sucia,
como la tierra seca. La hogaza sabe a tierra,
huele a tierra por todas sus honduras.
Sus rebanadas ásperas, sedientas, que son la tierra misma,
[son las mejillas áridas,
yertas y duras en el rostro de un viejo.
Aquí Dolors maternalmente unta
al pan un diente de ajo,
y entonces el tomate (que ya casi revienta de maduro
que es una cría indefensa que despierta, de olorosa y de
[roja,
y a la que, hasta hace poco, todo el mundo trataba con
[cariño)
entonces el tomate sorprendido, el tomate doliente,
se deshace en silencio frotándose las carnes torturadas
contra el áspero pan, cruel y saciado,
que se humedece y calla.
Luego un poco de aceite y la sal en la mesa junto al plato
[de panes.
Allá afuera la calle huele a humo, pero aquí huele a ajo
y Dolors y Josep

ofician sobre el hambre el pa amb tomàquet
con esas manos pobres, relavadas
y desde siempre sucias.

El más ardiente reconocimiento

*a rafael toriz que, según dicen,
leyó a veinte gigantes de un trancazo*

preferirán tus libros las llamas redentoras
al polvo burocrático de las estanterías
que esperan con la luz apagada
un lector
querrás para tus versos el destino del códice
buscarás la venecia de savonarola
el berlín hitleriano el moscú de los juicios
o las plazas ardientes de santiago de chile
darás a tu palabra su sitio en las hogueras

vas a esperar que se abran las piras literarias
que cuanto haya en papel se reduzca a ceniza
que ardan los índices los colofones
los prólogos las citas los epílogos
ardan los pies de página los títulos
los subtítulos y las tipografías
que ardan las portadas y los lomos
las páginas legales y las cuartas de forros

que ardan las erratas y las ilustraciones
para que así en medio de las ascuas
la palabra desnuda permanezca

tus críticos mejores los más definitivos
los antologadores del futuro
serán las llamas:
no querrás que tu nombre sobreviva
si no ha firmado páginas de acero

Su corazón un pájaro escarlata

Sin linaje ni escudero, pero arrojado en arroyo,
sobre un corcel raudo y rojo, marcha el joven caballero.
Rojo su yelmo de acero, rojo su escudo maltrecho,
frente a la muerte al acecho, libera el mundo cautivo:
un jilguero rojo vivo le canta dentro del pecho.

Desafiando el vencimiento, color rojo sobre rojo,
son llamaradas al ojo sus banderas en el viento.
Solo con su entendimiento, adolescente y guerrero,
es puro como el acero con que hiere y con que mata,
como el pájaro escarlata que canta su romancero.

¿Sin perlas y sin carey, por qué cabalga sin silla,
y por qué no se arrodilla ni ante el Papa ni ante el rey?
¿Por qué le niega a la ley del reino su vasallaje

si se rebaja ante el paje y ante el siervo es un sirviente
por qué su altivo coraje ante el noble es insolente?

Brillándole en la armadura, ya dorada de tan roja,
tendrá el destino que escoja libremente su montura.
La sombra larga y oscura del invencible jinete,
alta como un minarete será un asalto rotundo
que a los tiranos del mundo investirá como ariete.

Los tiranos de la tierra quieren comprarle al jilguero,
y al negarse el caballero, elige su propia guerra
Hoy galopa por la sierra y con sus cascos retumba
un corazón donde zumba un ave roja y feliz:
La verdad es su país, la noche será su tumba.

LUIS PANIAGUA HERNÁNDEZ

(San Pablo, Pejo, Guanajuato, 1979). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Formó parte de los talleres de creación literaria de Otto-Raúl González, Francisco Hernández y Leonel Robles, quien lo incluyó en la antología de poesía joven *Crimen confeso* (Daga Editores, 2003). Ha ganado el premio en la categoría de poesía del certamen "José Emilio Pacheco", organizado por la FES-Zaragoza de la UNAM (2000) y el premio de poesía de *Punto de partida* (2004). Ha colaborado en las revistas *Acequias*, *Rocinante*, *Opción*, *Literal* y *Punto de partida*, así como en el suplemento *Arena* del periódico *Excélsior*.

Perfiles de la noche 1

En esta noche en que la oscuridad

desdibuja las cosas ignorándolas,
crece un árbol.

Hay un viento
poblado de ojos
hay un pueblo
ojeado por el viento
hojeado por el árbol:
otofiece.

Perfiles de la noche 2

La noche es oscura
Porque nombra al mundo
En voz baja.

Perfiles de la noche 3

En un instante roto como un hombre
Agrietándose hasta enraizar en los muros de la noche
El árbol del silencio echa sus ramas
Y de éstas como frutos de luz
Caen las palabras.

Pájaros I

Atraviesan esta página
Pájaros encendidos y ciegos
Que escriben en su vuelo
La palabra vuelo
Y el aire se hace más espeso
Y es posible
—no con poco asombro—
que sean ellos su propio sueño ingrávido.

Pájaros II

Grito pájaro
Y el eco me devuelve
Una parvada...

Pájaros III

Como cuando soñé
que la noche eran pájaros negros
hoy, lleva el camino
implacable
al otro lado
de ese batir de alas
del sueño.

Los pasos del visitante
(croquis sobre el mar)
[fragmentos]

I

En el abrevadero del muelle
beben las barcas suspendidas.
Cae el sol de las cinco de la tarde;
a estas horas
el puerto es una bestia dormida
y el mar su quieto sueño.

II

La penumbra deja escapar
a lo largo del malecón
un vaho
aparece el mar
como un dibujo
que la pesada bruma pacífica.
Es la hora del silencio
las olas rompen contra los farallones
la noche abre sus fauces:
líquido
el marinero sueña un mar de piedra.

III

Sueñan las barcas.
La noche suelta amarras más livianas.
La negrura borra el malecón;
el viento lo palpa.
La arena nombra las pisadas.
A lo lejos alguien pasa.
El mar sabe todo esto y se lo calla.

IV

En medio de la lluvia
se dibuja un puerto
frente al puerto se mecen como barcas
las olas
olvidadas de sí mismas.

V

Insondable silencio.
No por insondable impalpable:
Húmedo sueño que cae
Sobre el propio sueño;
Larga noche movediza
Bajo las barcas que flotan
Somnolientas.

VI

Tremenda bestia
dormida debajo del desastre:
el mar
que sueña
futuras tormentas
y naufragios.

X

Más allá del mar
está otro mar
que espera ser nombrado.

XI

La memoria del mar
se hace de barcos
varados siempre en otros puertos.

XII

Y más allá del sueño del marino
otros mares son los que lo sueñan.

IVÁN CRUZ OSORIO

(Ciudad de México, 1980). Poeta, ensayista y traductor. Es egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM y actualmente estudia la carrera de Lengua y Literaturas Inglesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Obtuvo mención honorífica en poesía en el concurso de la revista *Punto de partida* (2005). Colabora en los suplementos culturales *La Jornada semanal* y *Arena*. Es miembro del consejo editorial de la revista *Viento en vela* y de Ediciones Velamen, y coeditor de la revista electrónica *Finestra* (www.finestraliteraria.com). Es autor de *Tiempo de Guernica* (Editorial Praxis, 2005) y fue incluido en el libro colectivo *Espacio en disidencia. Siete poetas* (Ediciones Velamen-Editorial Praxis, 2005) y en la antología *Los mejores poemas mexicanos. 2005* (Joaquín Mortiz-FLM, 2005).

Amado Nervo a las nuevas generaciones

*Oremos por las nuevas generaciones,
abrumadas de tedios y decepciones;
con ellas en la noche nos hundiremos.*

A. N.

Nada quedará, hijos míos,
nada podremos darles nosotros,
he aquí que hoy nada tenemos;
nos queda tan sólo la pena, el dolor,
las promesas no cumplidas,
los escombros, los altares vacíos,
y la noche,
la cruel e interminable noche
que no termina de desplomarse.

Bertolt Brecht y la ignorancia

*¡Realmente, vivo en tiempos sombríos!...
El que ríe todavía no ha recibido
la noticia atroz.*

B. B.

Frente al desastre alguien nos habla de la risa, alguien ríe mientras el barco herrumbroso de la patria se hunde, mientras nada está vivo. Alguien, que no ha visto que todos los muertos somos uno, que todos los sueños difuntos, que todos los amores difuntos somos uno, ríe. Alguien, que nuestros

ojos vaciados no ven, que nuestros oídos arrebatados no escuchan, que nuestra mudez no puede callar, ríe. Alguien, que no entiende que si uno murió es que todos estamos muertos, ríe...

Roque Dalton (1935-1975)

*Y al sistema y a los hombres que atacamos desde nuestra poesía
con nuestras vidas les damos la oportunidad
de que se cobren, día tras día.*

R. D.

En tiempos difíciles,
digan la verdad, camaradas,
no expongan historias donde el mundo
sea un jardín de rosas,
donde el ser humano sea bello,
no pidan disculpas estratégicas,
ni mendiguen la más infame
de las misericordias;
digan la verdad,
al menos, digan su verdad,
la más nítida,
la que haga llover piedras
en su cabeza,
la que, finalmente,
los lleve satisfechos al paredón.

Czeslaw Milosz y el sonido del mundo

Para Abril Estevané

*¿Dónde están, amor mío, dónde se han ido
El destello de una mano, la línea
Del movimiento, el susurro
De los guijarros?*

C. M.

Cierra los ojos, amor mío,
ciérralos lentamente,
calla la atroz,
la antigua tristeza de tus ojos,
que tu mirada
se vuelva hacia la noche,
hacia aquel dios silencioso
que mira impasible
los sueños del hombre.
Imagina el sonido del mundo,
imagina cómo debió sonar el mundo
antes de que fuera tan sólo
el lamento de las cosas deshechas

A aquellos, los ausentes aún

Cuando hablen del crimen,
del hambre, del desamparo
en que los hemos hundido,
no sean amables,
no sean indulgentes con nosotros,
condenen, exijan, odien
todo lo que quieran,
piensen que muy pronto
otros serán los jóvenes,
y ustedes los rostros infames
de nuevas ruinas.

NADIA MONDRAGÓN

(Ciudad de México, 1980). Estudia Letras Francesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado poesía y traducción en la revista *El poeta y su trabajo*, y fue incluida en el *Anuario de poesía mexicana 2004* (FCE, 2005).

Lo simple

Hoy me desperté todavía soñando
¿Por qué un río puede dividirlo todo?

ESCRIBO A TI

un lado a otro de la hoja
 se borra
 quiere decir todo
 digo no digo
desapareceremos
y quedaran esos signos
siempre incomprensibles
arrastrando en otra dirección
 con toda su fuerza
 con la fuerza que hace volcanes
 que mueve los mares y la tierra
 tomo de tu mano una pequeña línea
 un dedo que señala
 un espacio donde estuvimos juntos
el tiempo no es mentira
el viento no es mentira
el perro que ladra por la noche
está hecho de alma
 pelos
 ojos

que miran interrogándolo todo
sabiéndolo en el fondo
que la altura de las ramas al suelo
puede medirse con un salto
la dimensión de las aguas
es la sacudida
los poros abiertos de la roca
y miro despacio
hacia las colmenas una hoja que baila
todo se une
mueve de alguna manera
tu
espacio
busco el lado
respirar ir a las cosas

POR QUÉ YO
dijo mi hermana
y decidió morirse a los dieciocho
yo no supe muy bien porque su actitud
quizá tanto Gironde
Temperley o Vallejo
abrieron un abismo

Ahora se dedica a cuidar un lago
trazar líneas imaginarias en tiempo libre
algunas veces me escribe
lo siguiente:

*no puedo comprender
no puedo hablar
ni escuchar
aún me impresiona el mundo
sólo recuerdo una y otra vez
las tardes
que pasamos juntas
hablando de paredes y sueños
dicen que soy inmadura
yo solo veo la belleza
desprendo colores
sonrisas
colores
desprendo yo*

SE ABRAZA de vida a la palabra
se besa la voz
tinta el papel
el hilo conductor del misterio
no hay línea perfecta
la belleza se traza amable
la belleza
se canta la página entera
el sonido se corta
la música invadida de silencio

EDUARDO URIBE

(Ciudad de México, 1980). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde actualmente cursa la maestría en Letras. Ha impartido clases de literatura y español en México y Francia. Ha publicado en revistas como *Punto de partida* y *Periódico de poesía*, y traducido a Mário Sa-Carneiro. Actualmente es secretario de redacción de *Periódico de poesía*.

[cinco poemas dedicados y un testamento]

a J. Z. J.

LA MEMORIA es un tren que parte
y no es posible
viajar de nuevo a lo vivido.
Y en este paraje, donde sólo la vida
inventa los recorridos y las horas
de salida o llegada,
la mirada es distancia
y las horas pasadas se confunden
con lo visto. Se precipitan
los días hacia una terminal
desconocida y sin sentido.
Todo se va con la prisa del mundo.
Pero el delgado instante
en que vi tu rostro
y la luz humedeció tus labios
permanece

in memoriam *Haroldo de Campos*

COMENCÉ la lectura alucinada
del *Finnegans Wake* y las horas
se fugaron confusamente.
Joyce, comprendí, es infinito
y cerré el libro, sin saber
que me adentraba en otro libro
mayor. Su noche es más profunda
y su lengua no existe.

a *Horácio Costa*

EL JOVEN, que además era romántico,
contemplaba la Venus en el Louvre
cuando se acercó la mujer hermosa.
—¿A qué imbécil se le ocurrió pensar
que la belleza era una estatua rota?,
dijo la bella y luego se marchó.
Él maldijo a los griegos,
que hicieron enemigas a Atenea
y a Venus (léase Afrodita),
y vio alejarse a la muchacha,
pensando “pero qué nalgas, Dios mío,
qué nalgas”.
Esto es una novela
(sentimental o mitológica,
quede en el gusto del lector).

in memoriam Joan Corominas

ESCRIBIR ES HABLAR con una herencia,
avanzar por veredas que no existen
pero donde el paisaje ya es un hecho.
Al dar un paso cambian
quien mira y lo mirado.
Las palabras son movimiento,
algo así como un Fénix derrotado:
cada vez que se encienden
se apagan otro tanto,
y puede ser la última
cualquiera de las veces que son dichas.
No es menos azaroso el fin
de su creador, que en el paisaje
se pierde el día menos esperado.

a quien está leyendo

NO SE DEBE PONER en un poema
que se desea, se persigue y se ama.
Esas son cosas demasiado sabidas.
No se puede escribir que se quiere,
que nada basta y que anhelar fatiga.
Eso ya está muy dicho. Menos aún

confesar que se está vencido,
que algo falta, que el malestar perdura,
que el olvido es parcial e injusto,
y que tantas pieles y que tantos labios
y que tanto fuego,
porque ya sabemos:
todo eso es demasiado sabido
y se ha dicho tanto
que resulta vulgar como
la puerta cerrada y la calle vacía,
al salir temprano de casa,
a un día más de ansiedad y trabajo.

EN PLENO USO de mis facultades mentales
yo te condeno, Allen Ginsberg,
a vagar como una sombra;
yo te condeno a ti, y a tu padre Whitman,
a no alcanzar el reino de los cielos
—ni ningún otro puto reino—,
a andar a rastras tras el amor
como el ciego que mendiga el alimento;
te condeno a aullar como un perro rabioso
al que todos temen
y dejan morir de soledad
en la lluvia, en la calle, en los basureros;

te condeno a ti —y a ese puñado de locos:
Blake, Shelley, Keats, Coleridge—
a comer los restos de la vida,
sus desperdicios.
Porque al final qué fuiste sino un exilio:
la sombra de un mundo perfecto.

CARLOS RAMÍREZ VUELVAS

(Colima, 1981). Es egresado de la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima y actualmente cursa la maestría en Letras Mexicanas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 2004 recibió mención honorífica en el Concurso 35 de *Punto de partida*, en poesía. Ha publicado en diversos suplementos y revistas como *Ágora*, *Altamar*, *La Jornada semanal*, *Tierra adentro*, *Ventana interior*, *Tragaluz* y *Punto de partida*. La Secretaría de Cultura de Colima publicó su cuaderno de poesía *Calíope* (2001) y el libro *Brazo de sol* (2002), por el cual mereció el Premio Estatal de Poesía.

Versículos de Casandra

Ningún amigo me creará cuando le diga
que me he vuelto más viejo.

Los que están debajo de las piedras y me aman,
los desvalidos, los angustiados en la cama de fuego del amor,
los que se guarecen a la sombra de árboles distantes,
recordarán mi espalda como un alto farallón de mediodía.

Primero era la casa que tuve frente al mar,
entre los árboles que el sol teme, en el abismo
propio de este llanto gozoso, en el diamante
diurno del sudor. Era mi casa una isla descansando
en un verano permanente, eran ventanas que se abren
como dos pupilas. En el brazo largo del corredor marino,
qué desolación llegaba después de la alegría acumulada.
Cuánto verano, una y otra vez, se estremecía en los
[fruteros
y en los hombros de magníficas muchachas.

Primero era la casa, la memoria, la palabra
como un secreto aprendido a plena luz del día,
luminoso y breve como un beso en la frente,
guardado con bravura entre el corazón y el pecho.
La palabra que habrán dicho mis abuelos,
y que me escribe orgullosa con un orgullo alto
que ensombrece al cielo. Un terrible guayacán
montaña arriba. Un salto de ocelote viejo,

aún más alto. Ea, ea, ea, escuchen el bellísimo español
de mi abuela, cuando deja en piel mansa
la amenaza de las fieras. Ey, el silbar del curricán
sobre la espuma y la arena, mi abuelo
funde agua con las piedras. Ea, esta desesperada
sensación que uno siente cuando escribe
un verso en español capaz de someter a la tormenta.

Y eso era todo. Llegaban mis amigos
a recoger violetas, espléndidos geranios, silenciosas perlas.
Ellos venían con el trópico auestas, o se les veía llegar
con el trópico vibrando en sus piernas. Y el día era más
[limpio,
una hoja purísima de poesía cantando, de cuánta claridad
[estaba llena.
Llegaban desconocidos, sombras de envidia, sombreros
[deshilachados,
piernas, sonrisas escondidas, todos llegaban
a la terraza para contemplar el paso de la vida.
Y en mi casa, la única, se bebía ron o agua de frutas
y se apagaba con el sol la luz de las linternas.
En la solariega mansedumbre de los días de fiesta,
entraba un poeta con un aterrador aliento a mar,
dejando mar en sus huellas. Entraba un amigo,
unas rosas delirando en las venas, daba tumbos su delicado
[nombre
en nuestras lenguas, donde la soledad crecía dura y
[lacerante como espina.
Y él descalzo, con el corazón descalzo, avanzaba sobre el
[fuego, entre las llamas

para inquietar a las sirvientas. Llegaba un caballo vigoroso
[disfrazado de nostalgia
para atrapar con su lomo los ríos de la selva. Era mi amigo
[que cultiva en su herencia
un poco de amargor para alegrar las fiestas.

Era todo. La casa del día se iluminaba con mujeres,
[siempre vivas,
con panderetas, con seringas. Y cuando la zafra lloraba su
[pena negra,
cuando el día endurecía el humo de sus ojos, las muchachas
corrían como buscando espasmos, bebiendo en cocoteros
algo, alguna cosa, un recuerdo al menos que dijera el
[semen de marinos.
Ellas iban calle arriba tras el llanto de los hombres. Ellas
[recogían
el licor de nuestro llanto, y lo untaban al cabello mientras el
[aire
se llenaba de pescados, de mariscos, de carne y de manteca.
Y eso era todo. El cielo encendía su bocanada silvestre
y sosegaba el calor su sed con el agua oscura de las nubes,
y la casa era un silencio para el feliz letargo de las moscas.

De noche en noche también llegaban
noticias de malaria. De vez en cuando
estallaban espléndidas primaveras, como si nadie lo
[supiera.

Y el mar tendía otra vez su sábana salina,
y en la sombra letal de los caudales,
soportando el arribo de la ventisca,

verdes de tanto trópico enfebrecido, las jóvenes parejas
se acostaban a destilar la suave luz del ojo en la mirada de
[otro,
y a cosechar limpiamente el amor entre sus muslos.

Eso era todo, amada lengua, casa de la memoria
y los pericos. Eso era todo, elegante palmera.
Buena mano de tierra llena, todo era sencillo, como la
[pasión
meciéndose en núbiles pechos, en la piel, en los fruteros.
Hachazo en el cedro, qué más, fuego al musgo seco,
oh ceiba, oh tabachín de mil lenguas, oh mediodía que
[lanzas
perfectos gritos diamantinos a la frente de tus hijos, qué más
agua total. A qué llorar con el aullido solo y ambarino de
[los grillos.
Otoño, madre selva, árbol de pan. Qué más si era todo,
si todo era, oquedad de silencio verde corriendo en medio
[de la selva.

Desde esta altísima ceguera donde escribo.
Desde esta noche altísima en que me bebo solo.
Desde este dolor clavado en mi sombra.
Desde este lamento en que la luz se aleja,
este mar turbio del sueño diario, ácido en las venas.
Ningún amigo me creerá cuando le diga
que me he vuelto más viejo. Que hubo días
de tal remordimiento, que olvidé sus nombres y sus fechas.
Río, no te detengas.

JORGE SOLÍS ARENAZAS

(Ciudad de México, 1981). Poeta, ensayista y crítico literario. Ha participado en varios encuentros de poesía, entre los que destacan las emisiones xx y xxi del Encuentro Internacional de Poesía de Santiago de Cuba, y sus ponencias se han leído en Ecuador, Panamá, Argentina, Perú, Chile y España. Ha publicado ensayos y artículos en revistas y suplementos. Dirigió la segunda época de la revista *México Volitivo*, y ha impartido cursos sobre crítica y recepción literaria. Es miembro del comité organizador de "Estoy afuera" Encuentro Iberoamericano de Poetas Jóvenes. Es autor del libro de ensayo crítico *Entre la iguana y el colibrí* (SEP-Chiapas, 2002).

Lectura del agua

Esta agua no es la espada
—sólo su reverso

Entrada en ella es cortada la sed en otra página.

Voz a voz su cuerpo
va secándose, su reverso penetra otras aguas.

Agua, voz, espada
que nunca más se levanta sed sobre la página.

Sed de otro cuerpo
penetrado de agua.

Espacio

Mentira que el topo sea espeleólogo.
Sólo es epónimo de tierra, exordio ciego.
Barro ante el espejo, su espacio escribe
cascabeles, dicta semillas sin bandera,
dice lámparas que lo invaden y lo niegan.
También de sus manos nace solamente espuma.

Declaración de la memoria

quiebra el lince su esquife
negándose la arena de la orilla:

dios es la memoria
y en su quietud se conocen los vocablos:

sólo una cosa existe:
es el olvido

Adán

Nunca he sabido lo que significan estas palabras: *apercepción, apoteosis, apotegma, apodíctico, apógrafo, apnea, asertórico, aseidad, asemia*. Acaso anulen los espacios y al decirlas surja un aire. Acaso las escribo como si estuviera tocando aquellas otras imposibles.

No otro es el camino de quien partió hacia el viento proclamando: "Adán usa su nada", y observa que sombras crecen la espuma de los verbos. No otro el fin de quien desea que el espacio muera al habitarlo.

Desde *apercepción* hasta *asemia* no hay vocablos. Únicamente la sintaxis muda que comunica al deseo con la memoria y a la ciencia de los días con el fuego. El cuerpo que deletrea su confusión por otro espacio, donde no queda en pie ningún otro signo.

S/t

Me llamaron extranjero, cascabel extramuros, campesino
[de madera;
me nombraron sin anillos. Mas no esperaba sino una letra.
[Estela apenas.
Un martes o un tamarindo. No una marimba. Nunca. Nada.
[Ningún
nosotros. Nunca deseé los muslos ni las ingles. Humo.
[Voluta. Llegaron
todos a mi fiesta. No conocía el secreto. De pronto, otro
[extranjero, la mano
aritmética, el alfanje, un castillo, la primera mujer sin más
[ropa que
el incienso, la hormiga vestida de vino, las rocas.

Seguí siendo extranjero. Seguí el nombre sin anillos,
pero ya no roía esquinas. Los enjambres no fueron nada más
que ellos mismos. Nunca hablé de amatistas ni de copas.

[Nunca juré,

no supe nada del arcano ni la muralla. No esperaba más
 [esperas:
 conocí redes, sogas.

Vino María, su mano breve, y no existía estambre.
 María, las ascuas de Diana, luego Ulises, siempre astilla...
 Después no más Ulises sino Abraham. Después humo
 [porque
 ni Diana ni María dejaban de escaldar las manos por la
 [mesa.
 “Adentro” era ceremonia. Y “Afuera” el bastón y nada más.
 Perdida la piedra de Pedro. Sesgada el agua sobre Diana.
 María regaba vino en los pañuelos, la despedida no
 [dependía del “Hoy”.

Debajo de la cuchara está el alfabeto, debajo de la brea de
 [María,
 debajo de la sandalia, debajo aun de las minas y el petróleo.
 Y como la luz le crece sombras a las cosas, la letra se crece
 [espuma:
 ¿bisonte o *bisonte*? No sé dónde quedó mi fiesta. Nadie
 [escucha
 que el búho es vigía de los fresales. Nadie lee que la hormiga
 nace al desdecir su credo, nadie lee que todo volverá a ser
 [lo mismo.

Pero eso no nos dice. Ni se dicta en los cuadernos, ni se
 [olvida entre el diptongo.
 Es sólo que el telegrama llega cuando el sello de “Urgente”
 [se erosiona.

Y todos vuelven a decir: “Extranjero”, y todos vuelven a
[decir:
“Hermano” y nadie romperá el cerco para desdecirnos.

Tea, simulacro, pie, ojo de árnica, agua, acendrado pez.
Digo María y el giro vuelve al pañuelo, digo pañuelo y
[nace otro “Afuera”.

La escritura no sabe del polen. La mano dialoga con el
[azúcar.

No hay clausura para la fiesta mientras la menta siga
[hirviendo en agua.

Avispa: pensé que te detenías. Piedra: aquí ya no hay
[catástrofes.

Ni siquiera la esclusa que disuelve a Ruy Dfáz aunque
[vuelva a fundar el “Aquí”.

Y no es que no navegue en ningún nosotros ni que niegue
[“Nunca” y “Nada”.

Sólo que no necesito ni noemas ni noesis.

SERGIO TÉLLEZ-PON

(Ciudad de México, 1981). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha participado en talleres de poesía con Ernesto Lumbreras y Francisco Hernández. Sus poemas han aparecido en las revistas *Oráculo*, *Alforja* y *Arquitrave* (Bogotá, Colombia). Ha colaborado en suplementos culturales como *Arena*, *Sábado*, *Posdata*, *Crónica cultural* y *Laberinto*, así como en las revistas *Biblioteca de México*, *La tempestad*, *Líneas de fuga* y *Replicante*. Actualmente prepara su primer libro de relatos, *La otra versión de los hechos*, y un estudio sobre diez escritores cubanos en el exilio.

De No recuerdo el amor sino el deseo

Impulso

Anoche, ya muy noche,
con la cabeza en la almohada,
al sentir que había sido un día improductivo,
volví a encender la luz
y me apresté a prenderles fuego a estos libros.

Nocturno cuerpo

Con Jules Supervielle y Xavier Villaurrutia en la cabeza

Soñar, soñar tu boca, tu sexo, tu cuerpo
y el mío deseándote incontenible,

mientras, no tu cuerpo,
sino tu mente, lo rechaza;

no es el cuerpo que desea:
no éste mi cuerpo miserable.

La puerta roja

A Bernardo, Christian y Jesús

Tríada de la tercera puerta, la roja.

Cerrada:

adentro se suceden sin parar
las euforias, los enojos y las pasiones.

Ahí, donde se acogieron
a los errantes de siempre.
(Y fuimos cuatro, y fuimos cinco y fuimos seis...)

La amistad no inició allí.
Fue en el camino que nos condujo
a tocar con los nudillos la puerta roja.
Se abrió, alguien la abrió, y una oquedad sombría nos
[atrapó.

Muchos pudieron traspasar las lindes de la puerta roja
y un olor a incienso, cigarro o marihuana les sedujo
y no pudieron, ¡no quisieron!, abrirla para volver a salir.

Al dejar atrás esa puerta roja
todo vuelve a iniciar para todos;
alguien, que no nosotros, cierra la puerta roja
por última vez.

Memorial del cuerpo

[fragmento]

{Tres}

*Toute idée de noir est faible pour exprimer le long
ululement de noir sur noir éclatant ardemment*

César Moro

todos los colores hacen el negro
blanco mucho más blanco
el color gris del humo del cigarro del café caliente del
[vaho del
en invierno el aire expirado también es frío también es gris
el gris no es ceniza
tu cuerpo no es esa ceniza bíblica

cuando tu cuerpo sea ceniza volará por toda la vía láctea
más allá de plutón hasta constelaciones circundantes
mientras tanto unos cuerpos dialogan
con las palabras que les brotan en la piel

tu cuerpo es negro es blanco es gris es verde es
es son todos los colores que tú viste
en los ojos tuviste mi cuerpo

mi cuerpo es tus palabras

tus palabras son la poesía de la humanidad

la humanidad desbordada
que te pide milagritos
mil a gritos
pidiéndote tantas y tantas cosas

todos los sonidos al mismo tiempo te ensordecen

Vista desde Twin Peaks

La neblina ha descendido lentamente sobre la bahía.
Desde la punta de uno de los picos gemelos
los edificios altos lucen con su falda blanca;
el Golden Gate, del otro lado, sobre las violentas aguas del
[Pacífico.

Abajo, caminando sobre las banquetas de la ciudad,
las fuertes corrientes del viento convergen y se arremolinan
[en las esquinas de estas frágiles
construcciones victorianas.

La bandera del arcoiris ondea en el montículo de Castro y
[Market street.

Ellos y ellas: tomados de las manos o abrazándose o
[besándose o proclamándose...

ELMAN TREVIZO

(Los Mochis, Sinaloa, 1981). Ha participado en los talleres literarios de José Luis Domínguez y Raúl Manríquez Moreno. Obtuvo el primer lugar en el Concurso Estatal de Cuento, Ciudad Juárez, 1999; el premio de poesía de *Punto de partida*, 2003, y mención especial en el Premio Nacional Manuel Herrera de Dramaturgia, Querétaro. Ha publicado en revistas de Chihuahua (*Esdrújula*, *El Cardenche*, *Semanario de Juárez*, *Solar*, *Plenilunio*), del Distrito Federal (*Tierra adentro*, *Tecnos* y *Punto de partida*), de Monterrey (*Cornucopia*) y de Venezuela (*Frontera de Mérida* y *A los ojos del vigía*). Es becario del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chihuahua en el género de dramaturgia. Es coautor del poemario *Monólogos sin eco* (Aster, 2004).

El poeta maldito también está en peligro de extinción

Abrázate
concédete milagros
ni por broma arrojes una moneda a un pozo
eso más que privilegiado, te hará un poco más pobre,
la dialéctica del azar no existe
todo es incierto si no lo perfeccionas.

Tira el trébol de tres hojas que traes en la cabeza y te
[despeina.
Entra a un bar,
a un maldito bar,
aquellos que el diablo sobrepone en las calles de todas las
[ciudades.

Entra y siéntate en la mesa más cercana a la barra,
seguramente, las chicas llegarán en plural o singular, no
[importa cómo.
No hay mejor suerte que la que te proporciona la belleza,
aquella que una noche Baudelaire sentó en sus rodillas.
Esa belleza,
ya no es amarga,
pasó de moda,
ahora la belleza es dormilona, y tienes que ir en su
[busca.
Nunca se pinta las uñas ni se maquilla.

Pero es belleza.

Y puede servirte para escribir,

y para decirle al señor de los bigotes del que habla
[Homero Aridjis,
que también los poetas malditos
—o los malditos poetas—
están en peligro de extinción.

El último ciego en salir que apague la luz
[fragmento]

*Las paredes, aparte de oídos tienen ojos
avaricia de ver el áspero revés de las cosas
y guardar en sus comisuras un vestigio por pequeño que sea.*

*Con el gabán del disecado fantasma que me prestó sus vastos
[atavós de ciego
salgo a la calle con el delirio de voltear atrás y descubrir mi
[deformada simetría de niebla.*

*Sádicamente doblo en cada esquina al blando hombre que
[duerme dentro de mí.*

No me gusta decir sitios

pero lo digo

*Voy al lugar donde el silencio crece hasta volverse leves
[pisadas*

Maullidos de sedentarios gatos

Estridentes trazos de volutas de humo con las que

[podré humedecer mi lengua.

Voy al lugar donde el retráctil silencio se vuelve un restañar
[de **carcajadas**
que acentúan el camino como si fuera yo una flecha presta
[para volver al origen:
al leve sople de brisa que me dio movimiento.

Doy cada paso con la levedad de este pesado y desatado
[vacío sin fondo
con este latir que traigo como una astilla insistiendo en
[estas digresiones de mi infancia.
Voy despojándome de mí para no ser
y seguir gritando con mi garganta que tiene un nudo tan
[parecido a mí.
Voy persiguiéndola como se persigue a un tren cuando sólo
[tenemos un ticket para no regresar.
Voy diciéndome por fin —muy despacio para el
[advenimiento—
que soy un asesino afilando un puñal
con el sudor de mi frente,
que soy un hombre ciego persiguiendo a una voz
un taconeo que se parece al de cualquier prostituta pero
[puede ser el de todas.
(*Es un enjambre cuajado en el tiempo. Es el enjambre más*
[antiguo del mundo.)

Errante corteza de la fiebre y el crimen
Ella, la que se acerca
zumbante propaganda del deseo
hedor de un tallo oscuro cortado por el tacto de la
[luz de un alfanje.

La escucho mirándome

Inaugurando el toque de queda.

Quiróptera

Suelo imaginarte con el misal bajo la axila que gotea sudor
el evangelio empapado
bautizado con la sal predilecta de la fe
perfumado con un nuevo antitranspirante

Pienso que alguna vez eructaste junto a tu reflejo y te
[pediste perdón
invento que te vendas los ojos para olvidar el sabor de la
[sangre
que conociste Brooklyn durante un eclipse semejante a un
[alcatraz
que amas a los chicos orientales que se espulgan la nariz
[como si buscaran mariposas,
que tus ropajes son ese falso predicador que llamamos
[misterio
esos gatos grises que nombramos ceniza
y nos queman los labios.

ALÍ CALDERÓN

(Ciudad de México, 1982). Estudió Lingüística y Literatura Hispánica en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde, 2004, y fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de poesía (2003-2004). Como ensayista obtuvo el Premio Interuniversitario del Estado de Puebla (BUAP/UDLA/UIA), 2003. Ha participado en los talleres de los poetas Mario Calderón, José Vicente Anaya y Verónica Volkow. Actualmente estudia la maestría en Literatura Mexicana en la Universidad Autónoma de Puebla. Ha publicado ensayos y poemas en *Alforja*, *Luvina*, *Dos filos*, *Revista de literatura mexicana contemporánea*, *Reverso*, *Cuiria*, *Sombra de papel* y *Corre conejo*. Fue incluido en la antología de poesía joven *Más vale sollozar afilando la navaja* (Cuiria ediciones, 2004) y en *Los mejores poemas mexicanos. 2005* (Joaquín Mortiz-FLM, 2005).

[Kentucky]

Las luces cambiaron en West Vine y Broadway Street
el viento helado amortajó la tarde
volando un grajo sajó la transparencia
y la luz en las hojas
el trazo de finos pinceles parecía

en el aire altísimo
la claridad del día
supuso una presencia.

[Lago Lucerna]

A Jair Cortés

Gélido
el lago,
espejo
del cielo:
Inmaculada
imagen
de la transparencia.

[Misterios eleusinos]

En la ominosa oscuridad de Eleusis,
cuando el trance más profundo,
Orfeo, de la música, me concedió su don.

Hoy, en mi calidad de semidiós,
no toco más la flauta
...las musas me la tocan
y están embelesadas.

[Un poema de amor]

La crítica destrozó mis poemas:
opinó que hay mierda en cada uno de los versos.
¿Y cómo no? En todos aparece tu nombre.

[Ulises regresa del exilio]

Todo es diferente desde que me fui:
otra es la bahía de Ítaca,
sus playas son otras,
otros sus habitantes.
Tú, Penélope, en cambio,
sigues siendo la misma
putilla closetera.

[Potro de tortura]

A Mario Bojórquez

So pena de vestir el sambenito
o perecer tardinero en el potro,
aún muriendo pungido y cuitado
o tirado en el suelo embeliñado,

aunque adoben e tejan mi mortaja
e me numeren las mis infortunadas
o me hallen con la mano en la mejilla
desbabado por tu figura prima

decir he por el dios que me sustenta
que iluminas la noche entenebrida
que bienandante soy cuando me miras

e que no hay falencia alguna a tu lado;
a una sazón mi alma arde y se congela:
muger, atal es la tu fermosura

[Música de caramillo y cuita]

¿Con qué lira cantar la tu belleza?
¿Cómo decir a la desglichada
y maltrecha caterva de hideputas
que soy enamorado hasta los hfgados,

que non me llamara como me llamo
si no es por tus labios de leche y miel,
que eres fermosa, donosa e loçana
e la tu cara es bendición del cielo,

que Dios te dio y san Pedro te bendijo
que tu cuerpo da contento a mis ojos
y que los tus pechos son mi recreo?

¿Qué no ves la mi triste catadura?
heme aquí cativo, buscando filtro
de amor para aver tu dus compañía.

V

A Rafael Toriz

En la luenga e tardinera lucha
contra el gran turco emprendida
temen los infieles
les cercene los pingajos
con la mi espada fardida e sarracena.
Mas benigno soy e habré de ser
en ésta, la tu alcoba,
morisca bella de ojos grandes
porque non ocupo en esta noche
armadura, espada, lanza,
capacete ni loriga,

basta para vos
mi arma
dura.

VI

Non sé si los tus versos,
afamado poeta,
son muy mexores que los míos
o si te comportas, según el usaje,
en las presentaciones de librelos.
Sólo sé, aguirnaldado mester,
que so la tu tumba
un heptasílabo
habrá de retumbar:
don hijo de la puta.

LORENA VENTURA

(Oaxaca, 1982). Ha participado en los talleres literarios de Víctor Armando Cruz Chávez, Azael Rodríguez y Alberto Blanco. Publicó sus primeros textos en la antología de taller *También la nostalgia calienta la cama* (Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 2001), y ha colaborado en el suplemento *El huaxe ilustrado* de la revista *Tucán*, y en algunos diarios locales. Su trabajo formó parte de la muestra de poesía contemporánea oaxaqueña realizada por Alberto Blanco para la revista *Tierra adentro*. En 2004 ganó el Premio Nacional de Poesía José Emilio Pacheco, convocado por la Universidad Veracruzana.

Donde alguna vez crecimos
[fragmentos]

Aquí,
bajo la llovizna donde alguna vez crecimos,
—y creciste—
resurge aquel sol en que nuestra manos,
juntas,
cayeron sobre el mundo.

(Ahora ya he aprendido
que el pasado de la lluvia es siempre vertical
y sucesivo;
y que el descenso acostumbrado de una gaviota sobre el mar
es todavía más que hambre:
la expresión repentina de la gravedad).

Entonces el amor
—esa neblina húmeda de los faroles en la lluvia—,
se instaló en la pintura fría de mis huesos
y en los recodos blandos de tus alas de gárgola mojada.
Y hoy,
que ya hice de las aves mis asuntos,
saludo
—sin ti—
al horizonte que dibujo con la mano.

(Tu ausencia sería un animal menos salvaje
si hibernara todo el tiempo)

Y ya no me da la gana
de decir, siquiera, ni dónde estoy parada
(no es el viento el único sin domicilio).

Te miro, pues,
pero los retratos no son huellas certificadas del pasado,
sino oscuras formas de experimentar el alborozo de un
[abrazo.

Ahora la existencia no transcurre con la eficacia extraña
[de la dicha,
sino con el desorden de la niebla,
que todo lo enumera, con su inventario de algodón,
mientras avanza.

Y sólo por el relámpago tengo noticias de los huesos de la
[noche.

Aquí te llamo.

II

Apenas ayer
la vereda deparaba el movimiento de una estrella.

A uno y otro lado del asfalto,
con su enredado polvo

de gis iluminado,
la belleza, itinerante, quedó escrita.
Era de noche.

Una luciérnaga encendió el vértice del mundo,
y como un relámpago
—metálico en su ritmo—
tu corazón se dibujó sin desparpajo.

El cosmos habló en lo posible de una estrella,
y en un fragmento de metal ligero,
que al amanecer se dispersaba

al reverso de tus pasos.

III

Otoño:
apagar la luna y zarpar.
De camino los relámpagos
—entrañas minerales de la noche—
y luego el ruido:
chapoteo del corazón deslumbrante
en su lenguaje de líquido nocturno.

Hacia la miel oscura de tus alas va mi ánimo.

Ayer como vidrios rotos cayeron las estrellas
y entre tu amor y el mío
se alzó el sonido violento del crepúsculo.
Desde entonces
¿qué he sido yo sino mi nombre?

Aquí estoy en el mundo con mi glacial destino.
Caída una vez más en la rendija de la noche.
Y mi historia está hecha de tu sangre de dos modos:
mitad luz y mitad ceniza.

¿Qué ha sido mi cuerpo sino una casa demasiado grande?
¿Qué ha sido esta pena sino el universo en dispersión?

En la memoria de los días marchitos tú me aguardas.
Indescifrable y con las aves a punto voy llegando,
fosforescente en medio de la niebla
(y sólo la tinta del olvido es indeleble).
Lejano ya el silencio, atravesado por su propia espina,
las estrellas volvieron a elevarse.
Va hacia ti mi canción itinerante.

Pero la luna
—recodo glacial hecho de escarcha,
instante de música-ceniza—
una vez más resbalará sobre la nieve.
Y en la pradera, vestida de amarillo,
cundirá tu iluminado olor a trementina,
atrás el sol desplomado en espirales.

Teñida de lluvia,
mordiéndome mi corazón
como si no quedara más pan entre mis manos,
he venido a darle una mano de pintura
a las letras calcinadas de mi nombre.
Aún le duelen a la noche los relámpagos.

INTI GARCÍA SANTAMARÍA

(Ciudad de México, 1983). Ha publicado poemas y traducciones en las revistas *El poeta y su trabajo* y *Universidad de México*. Es editor de libros artesanales en la editorial Compañía. Ha publicado los libros de poesía *Recuento al final del verano* (NarrArte, 2000) y *Corazoncito* (Compañía, 2004), y fue incluido en el *Anuario de poesía mexicana 2004* (fce, 2005). Actualmente es becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Estival

Háblame de las horas que perdimos
en qué pisada de talco frente al ortopedista
quién miró ningún pájaro en la ventana
cómo desapareció el silbido inconstante
entre las hojas de cuál lluvia
porque diario llovía y diario cantaba
desde el mismo lugar otra figura de yeso
dame otra firma
háblame de las horas que perdimos
sin retorno posible aunque nuestras manos enciendan
otra vez mecheros de Bunsen sobre las mesas del laboratorio
aunque la consola de la escuela entone La Bikina
porque ninguna carta guarda la voz que descubrimos
y aquel volumen de la revista que publicó
tu retrato resulta inconseguible
porque habrás olvidado las tres líneas
de lo que tú llamaste mi primer poema
hoy comprendes nuestro canto nunca estuvo
en la cueva que inventamos en su honor
sino en la necesidad de retener
nunca la tuvimos su presencia
ésta es la clave para practicar el aturdimiento de la memoria
cuando hablo contigo estoy diciendo a todos
una frase interminable que tus labios me dieron
un estilo para hablar de las horas perdidas
una forma sin espacio que nombra el espacio
donde nada crecerá nuevamente
donde nunca estaremos nuevamente

si la tarde controla cielos morados
si aprehendemos la cercana estación
para ofrendar a los muertos nuestras manos vacías
sin mecheros de Bunsen ni fórmulas de hacer fuego
sin control sobre los recuerdos ni lástima para el descuido
que nos llama como falso espejo en la boca
un suspiro sin cuerpo lo reitera epílogo de los días
no es posible traducir tu lenguaje sin traición...

Notas para Aidé
[fragmentos]

diecinueve años

trilce, XI,
versos
uno y dos

no tengo más en la cabeza

*

nos sentamos juntos en la calle

una palmera seca

mira

unas monjas

y la belleza y el viento
en el árbol que tira
flores miniatura

muy lejos de cualquier poema

*

en serio

soñé que te extrañaba

así que salí desde temprano
a ver a quién veía
para dar una vuelta

y las avenidas estaban solas

Preludio

Voy entre futuros muertos,
entre próximos gusanos,
estoy entre semejantes.

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Presentación	9
Daniel Mir	13
Los poemas del olvido	14
Del café	16
Acantilado en blues	17
Armando Ayala Ochoa	19
Prefiero el carbón...	20
Débil...	20
1, 2, 3	21
Algunas clases de pájaros	23
Aluvión	23
Raúl Carrillo Arciniega	25
Masturbaciones y revelaciones en polaroid	26
Malparaíso	27
I. Escritura	28
Ramón Peralta	31
Acércate...	32
A 1 / 500	32
Observa...	33
A esto...	33

No subiremos...	34
A ésta le llamaremos...	34
Carlos Pineda	35
Aldaba	36
Tuxtlas	37
Tres instantes del instinto	38
Da capo	39
Victor Cabrera	41
A las puertas del templo	42
Un lance	44
Tempestad	45
Julieta Cortés	47
A, 1, 2, 3, 4, 5	48
Cinco	49
Ocho	50
Luis Felipe Fabre	51
Exvoto	52
J'aime Roland Barthes	52
Io	53
Cartel	54
La Petenera	55
J.A. Sánchez	57
Ventanas	58
Circunvalación	58
Allá	58

En las puertas del tribunal	59
Recuerdos	59
Salmo 69	60
Ávaro Solís	61
Cantalao	62
Carlos Vicente Castro	67
El reloj de arena...	68
En este lado del mundo...	68
Esa tarde...	69
Mi reino fue comido...	70
Édgar Valencia	71
Vista al muelle	72
Bahía nocturna	72
La casa	73
Un poema largo	74
Epigrama del silencio	74
Reflexiones de Nicolás Copérnico ante las meretrices	75
Federico Vite	77
Espejarse	78
Extraviada	78
Mi vecina	79
Pretextos	79
Camila Krauss	81
Escalera de restauración	82
Ardilla cocotera	82

La tarde	83
Charcas	83
Salamanquesa	83
Barruntos	84
José Landa	85
Alguien canta en la cruz de los caminos	86
Preludio al treno por la tumba de Celestino L.	87
Treno por la tumba de Celestino L.	89
Santiago Matías	91
Estación	92
Expansión del paisaje	92
A continuación se reproduce...	94
Josué Vega López	95
Según tengo entendido...	96
Hara kiri I	96
Algunas coordenadas	97
Luis Jorge Boone	99
Secuelas	100
Manos	101
El vigía	103
Otra vez naufragar	104
Jair Cortés	105
Fósiles	106
Enfermedad de Talking	108

Rodrigo Flores	111
Prueba número 199 (patrón de sueño)	112
Prueba número 163 (desarrollo motor)	113
Prueba número 13 (historia de la salud)	113
Prueba número 37 (dinámica familiar)	114
Prueba número 131 (habilidades psicolingüísticas)	115
Prueba número 1 (desarrollo neurológico)	116
Maricela Guerrero	117
Retrato a los veintidós	118
Amarillo	119
Tarde dominical con fotografías	120
Apunte de cocina	121
Édgar David Mena	123
Jugábamos...	124
Mi madre...	124
“¿Llueve?”...	125
Eleva los puentes...	125
Despierta...	126
Dibujo los puentes...	127
Iván Salinas	129
La era de la viña	130
El fuego	133
El agua	133
Patty Blake	135
Un hombre fuma su cansancio	136
Trazos	137
Claves infalibles para el éxito	139

Hugo García Manríquez	141
En nuestra forma...	142
Zaidee Rose Stavely	147
Siete ombligos	148
Helado	149
Catapulta que te mando	151
Teresa Avedoy	153
Basuraleza	154
Del poeta	154
Para Laura	155
Especulación textual	155
xxxxxxxxxx	156
Zinc	157
Hernán Bravo Varela	159
Apócrifo	160
Reconcomio	162
Visitación	163
(Octavio Paz ve nacer el nombre)	164
Óscar de Pablo	165
Sonata para manos sucias	166
El más ardiente reconocimiento	168
Su corazón un pájaro escarlata	169
Luis Paniagua Hernández	171
Perfiles de la noche 1	172
Perfiles de la noche 2	172

Perfiles de la noche 3	172
Pájaros I	173
Pájaros II	173
Pájaros III	173
Los pasos del visitante (croquis sobre el mar)	174
 Iván Cruz Osorio	 177
Amado Nervo a las nuevas generaciones	178
Bertolt Brecht y la ignorancia	178
Roque Dalton (1935-1975)	179
Czeslaw Milosz y el sonido del mundo	180
A aquellos, los ausentes aún	181
 Nadia Mondragón	 183
Lo simple	184
Escribo a ti...	184
Por qué yo...	185
Se abraza...	186
 Eduardo Uribe	 187
[cinco poemas dedicados y un testamento]	188
 Carlos Ramírez Vuelvas	 193
Versículos de Casandra	194
 Jorge Solís Arenazas	 199
Lectura del agua	200
Espacio	200
Declaración de la memoria	201
Adán	201
S/t	202

Sergio Téllez-Pon	205
Impulso	206
Nocturno cuerpo	206
La puerta roja	207
Memorial del cuerpo	208
Vista desde Twin Peaks	209
Elman Trevizo	211
El poeta maldito también está en peligro de extinción	212
El último ciego en salir que apague la luz	213
Quiróptera	215
Alí Calderón	217
[Kentucky]	218
[Lago Lucerna]	218
[Misterios eleusinos]	219
[Un poema de amor]	219
[Ulises regresa del exilio]	219
[Potro de tortura]	220
[Música de caramillo y cuita]	220
V, VI	221
Lorena Ventura	223
Donde alguna vez crecimos	224
Inti García Santamaría	229
Estival	230
Notas para Aidé	231
Preludio	232

Un orbe más ancho.
40 poetas jóvenes (1971-1983)
se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2005
en los talleres de Imprenta de Juan Pablos, S. A.,
Malintzin 199, Col. Del Carmen, Coyoacán, 04100, D. F.
Se tiraron 1 000 ejemplares en papel Cultural de 90 grs.
Se utilizaron tipos Bodoni y Rotis Sans Serif.

ediciones de punto de partida
poesía joven ● 2

La Universidad Nacional refrenda, con *Un orbe más ancho*, su vocación de difundir la obra literaria de las nuevas generaciones a través de las Ediciones de Punto de partida. Este segundo volumen de la serie está dedicado a la obra de 40 poetas nacidos entre 1971 y 1983. Los autores que conforman esta muestra tienen ya clara su vocación literaria, con motivos y formas de expresión disímboles, vienen de distintos lugares de la República Mexicana y forman parte del amplio espectro del quehacer poético joven en nuestro país.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura

